

Documentos

LA FUENTE DE LA HYBRIS CIENTÍFICA: L'ÉCOLE POLYTECHNIQUE

FRIEDRICH A. HAYEK*

I

Nunca el hombre se hunde tanto en el error como cuando se obstina en seguir un camino que le ha conducido a un gran éxito. Por otra parte, nunca el orgullo por las conquistas de las ciencias naturales y la confianza en la omnipotencia de sus métodos estuvieron más justificados que en la época a caballo entre los siglos XVIII y XIX, y en ninguna parte como en París, donde se congregaron casi todos los mayores científicos de la época. Si es cierto, por tanto, que la nueva actitud del hombre hacia los asuntos sociales en el siglo XIX obedeció a los nuevos hábitos mentales adquiridos en la conquista intelectual y material de la naturaleza, debemos esperar que esto se manifieste precisamente allí donde la ciencia moderna logró sus mayores triunfos. Nuestra expectativa no quedará defraudada. Las dos grandes fuerzas intelectuales que a lo largo del siglo XIX transformaron el pensamiento social —el socialismo moderno y esa especie de positivismo que nosotros preferimos llamar cientismo— surgieron directamente de este cuerpo de científicos profesionales e ingenieros que se formaron en París, particularmente en la nueva institución que encarnó el nuevo espíritu como ninguna otra, la *École polytechnique*.

Es sabido que la Ilustración francesa se caracterizó por un entusiasmo general por las ciencias naturales como nunca antes se había conocido. Voltaire es el padre de aquel culto a Newton que posteriormente Saint-Simon elevaría a cotas ridículas. Y la nueva pasión no tardó en dar grandes frutos. Al principio, el interés se

* En Friedrich A. Hayek [1952], *La contrarrevolución de la ciencia*, Unión Editorial, Madrid 2008, pp. 165-185.

centró en temas relacionados con el gran nombre de Newton. En Clairault y d'Alembert, los mayores matemáticos de la época junto con Euler, Newton no tardó en encontrar dignos sucesores, que a su vez fueron seguidos por Lagrange y Laplace, no menos geniales. Con Lavoisier, no sólo fundador de la química moderna, sino también un gran fisiólogo, y, en menor medida, con Buffon en la ciencia biológica, Francia empezó a tomar la delantera en todos los campos importantes del conocimiento de la naturaleza.

La gran *Encyclopaedie* fue un gigantesco intento de unificar y popularizar las conquistas de la nueva ciencia, y el «Discours préliminaire» de d'Alembert (1754) a la gran obra, en el que trató de trazar un cuadro del nacimiento, desarrollo y afinidades de las diversas ciencias, tal vez pueda considerarse como la Introducción no sólo a la Enciclopedia sino a todo el periodo. Este gran matemático y físico contribuyó considerablemente a preparar el camino a la revolución en la mecánica que, a finales de siglo, permitió a su discípulo Lagrange liberarla finalmente de todos los conceptos metafísicos y reformularla en su totalidad sin referencia alguna a las causas últimas o fuerzas ocultas, limitándose a describir las leyes por las que se conectan los efectos.¹ Ningún otro ejemplo en una ciencia expresa con tanta claridad la tendencia del movimiento científico de la época o tuvo mayor influencia y significado simbólico.²

Ahora bien, mientras este hecho se estaba fraguando gradualmente en el campo en que tomaría su forma más eminente,

¹ D'Alembert era plenamente consciente de la importancia de la tendencia que apoyaba y anticipó el posterior positivismo hasta el punto de condenar expresamente todo lo que no contribuyera al desarrollo de verdades *positivas* y de afirmar que «todas las ocupaciones de carácter puramente especulativo deberían ser excluidas de un estado sano como actividades inútiles». Sin embargo, no incluía en esta categoría a las ciencias morales, sino que más bien, siguiendo los pasos de su maestro Locke, las consideró como ciencias *a priori* comparables a las matemáticas e igualmente ciertas. Sobre el tema, véase G. Misch, «Zur Entstehung des französischen Positivismus», *Archiv für Philosophie*, Abt. 1, *Archiv für Geschichte der Philosophie*, vol. 14 (1901), esp. pp. 7, 31, 158; M. Schinz, *Geschichte des französischen Philosophie seit der Revolution*, Bd. 1, *Der Anfänge des französischen Positivismus* (Estrasburgo, 1914), pp. 58, 67-69, 71, 96, 149; y H. Gouhier, *La jeunesse d'Auguste Comte et la formation du positivisme* (París, 1936), vol. 2, Introd.

² Véase E. Mach, *Die Mechanik in ihrer Entwicklung*, 3.^a ed. (1897), p. 449.

la tendencia general que el mismo representaba había sido ya advertida y descrita por Turgot, contemporáneo de d'Alembert. En los estupendos y magistrales discursos que, joven de veintitrés años, pronunció en la apertura y clausura de la sesión en la Sorbona en 1750, y en el esbozo de un *Discurso sobre la historia universal* del mismo periodo, describe cómo el avance de nuestro conocimiento de la naturaleza va acompañado de una gradual emancipación de aquellos conceptos antropomórficos que antes hicieron que el hombre interpretara los fenómenos naturales a su propia imagen, como animados por una mente semejante a la suya. Esta idea, que luego se convertiría en el tema dominante del positivismo y que acabaría aplicándose erróneamente a la ciencia del hombre mismo, fue poco después ampliamente popularizada por Charles de Brosses bajo el nombre de fetichismo,³ nombre con el que se le conoció hasta que más tarde fue sustituido por los de antropomorfismo y animismo. Pero Turgot fue mucho más lejos y, anticipándose completamente a Comte en este punto, describió cómo este proceso de emancipación pasa por tres estadios, en los que, tras suponer que los fenómenos naturales son producidos por seres inteligentes, invisibles, pero semejantes a nosotros, pasan a ser explicados mediante expresiones abstractas tales como esencias y facultades, hasta que finalmente, «observando la acción mecánica recíproca de los cuerpos, se formulan hipótesis que pueden desarrollarse por las matemáticas y verificarse por la experiencia».⁴

Se ha observado con frecuencia⁵ que muchas de las ideas dominantes del positivismo francés fueron de hecho formuladas por d'Alembert y Turgot y sus amigos y discípulos Lagrange y Condorcet. Esto es cierto por lo que respecta a la mayor parte de lo que esta doctrina tiene de válido y apreciable, si bien su positivismo difiere del de Hume por una fuerte carga de racionalismo

³ En su famosa obra *Du culte des dieux fétiches* (1760).

⁴ *Oeuvres de Turgot*, ed. Daire (París, 1844), vol. 2, p. 656. Véase también *ibid.*, p. 601.

⁵ Véase en particular el detallado análisis de Misch y los libros de Schinz y Gouhier citados en la nota 1 de este capítulo, así como M. Uta, *La théorie du savoir dans la philosophie d'Auguste Comte* (París: Alcan, 1928).

francés. Y, puesto que no tendremos ocasión de tratar este aspecto con mayor detalle, tal vez convenga subrayar aquí especialmente que, a lo largo de todo el desarrollo del positivismo francés, esta componente racionalista, debida probablemente a la influencia de Descartes, siguió desempeñando un papel crucial.⁶

Conviene, sin embargo, apuntar que estos grandes pensadores franceses del siglo XVIII apenas muestran trazas de esa ilegítima extensión a los fenómenos sociales de los métodos científicos que luego resultaría tan característica de esa escuela, a excepción tal vez de ciertas ideas de Turgot sobre la filosofía de la historia y más aún de algunas sugerencias del último Condorcet. Pero ninguno de ellos tuvo la menor duda acerca de la legitimidad del método abstracto y teórico en el estudio de los fenómenos

⁶ Para evitar toda errónea valoración, tal vez deberíamos recordar aquí que el liberalismo de la Revolución francesa no se basaba, desde luego, en la comprensión del mecanismo del mercado alcanzada por Adam Smith y los utilitaristas, sino en la ley natural y en la interpretación racionalista-pragmática de los fenómenos sociales, que es esencialmente pre-smithiana y cuyo prototipo es el contrato social de Rousseau. Ciertamente, gran parte del contraste, que con Saint-Simon y Comte se convirtió en antagonismo, con la economía clásica, se remonta, en el tiempo, a las divergencias existentes entre Montesquieu y Hume, Quesney y Smith, Condorcet y Bentham. Los economistas franceses que, como Condilac y J.B. Say, siguieron sustancialmente la misma tendencia que Smith nunca ejercieron una influencia sobre el pensamiento político francés comparable a la que Smith ejerció en Inglaterra. Consecuencia de ello fue que la transición desde la más antigua visión racionalista de la sociedad, que la consideraba como una creación humana consciente, a la visión más reciente, que pretendía recrearla sobre principios científicos, se realizó en Francia sin pasar por el estadio en el que, por lo general, se tomó conciencia de las fuerzas espontáneas de la sociedad. El culto revolucionario a la Razón era signo evidente de la general aceptación de la concepción pragmática de las instituciones sociales —que es cabalmente lo contrario de la visión de Smith. En cierto sentido, podría decirse que fue precisamente la veneración de la Razón como creadora universal, que abrió el camino a los triunfos de la ciencia, la que condujo a esta nueva actitud hacia los problemas sociales, como también puede decirse, en cambio, que esa nueva actitud se debió a la influencia de los nuevos hábitos de pensamiento producidos por los triunfos de la ciencia y de la tecnología. Si el socialismo no es hijo directo de la Revolución francesa, procede al menos de aquel racionalismo que caracterizó a la mayor parte de los pensadores políticos franceses de aquel periodo, y que tan diferente era del contemporáneo liberalismo inglés de Hume, de Smith y (en menor medida) de Bentham y de los radicales filosóficos. Sobre todo esto, véase ahora el primer ensayo de mi *Individualism and Economic Order* (Chicago: Chicago University Press, 1948).

sociales, y mantuvieron una firme postura individualista. Particularmente interesante es observar que Turgot, y lo mismo puede decirse de David Hume, fue al mismo tiempo uno de los fundadores del positivismo y de la teoría económica abstracta, contra la que posteriormente lucharía el positivismo. Pero, en muchos aspectos, la mayoría de estos hombres, inconscientemente, impulsaron líneas de pensamiento que produjeron concepciones sociales muy diferentes de las suyas.

Esto es aplicable sobre todo a Condorcet. Matemático como d'Alembert y Lagrange, se consagró definitivamente tanto a la teoría como a la práctica de la política, y aunque al final comprendió que «sólo la meditación puede conducirnos a las verdades generales en la ciencia del hombre»,⁷ trató no sólo de completar este principio mediante una amplia observación, sino que además se manifestó en el sentido de que el método de las ciencias naturales es el único legítimo en el tratamiento de los problemas de la sociedad. Fue en particular su deseo de aplicar sus queridas matemáticas, especialmente el recién desarrollado cálculo de probabilidades, a su segunda esfera de interés, lo que le indujo a subrayar cada vez más el estudio de aquellos fenómenos sociales que son susceptibles de observación y de medida objetivas.⁸ Ya en 1783, en su discurso de recepción en la Academia, dio expresión a lo que más tarde sería una idea favorita de la sociología positivista, la de un observador al que los fenómenos físicos y los sociales se le presentan bajo la misma luz, porque, «ajeno a nuestra raza, estudiaría la sociedad humana del mismo modo que nosotros estudiamos la de los castores o la de las abejas».⁹ Y si bien admite que se trata de un ideal inalcanzable, porque «el observador es parte de la sociedad humana», exhorta insistentemente a los científicos a «introducir en las ciencias morales la filosofía y el método de las ciencias naturales».¹⁰

⁷ Véase Condorcet, *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*, ed. O.H. Prior (1793; París, 1933), p. 11.

⁸ Véase su *Tableau général de la science qui a pour objet l'application du calcul aux sciences politiques et morales*, *Oeuvres*, ed. Arago (París, 1847-49), vol. 1, pp. 539-73.

⁹ *Ibid.*, p. 392.

¹⁰ Condorcet, *Rapport et projet de décret sur l'organisation générale de l'instruction publique*, ed. Compayre (1779; París, 1883), p. 120.

La más fecunda de sus ideas, sin embargo, se encuentra en su *Esquisse d'un tableau historique du progrès de l'esprit humain*, el célebre testamento del siglo XVIII, como fue llamado, en el que el ilimitado optimismo de la época halló su última y más elevada expresión. En él traza un gran bosquejo del progreso humano a través de la historia, e imagina una ciencia capaz de prever el progreso futuro del género humano, de acelerarlo y dirigirlo positivamente.¹¹ Pero para establecer leyes que nos permitan predecir el futuro, la historia debe dejar de ser historia de individuos y convertirse en historia de masas, y al mismo tiempo dejar de ser un registro de hechos individuales y basarse en la observación sistemática.¹² ¿Por qué habría de considerarse quimérico el intento de fundamentar en los resultados de la historia del género humano un cuadro de su futuro destino? «El único fundamento del conocimiento de las ciencias naturales es la idea de que las leyes generales, conocidas o desconocidas, que regulan los fenómenos del universo, son necesarias y constantes. ¿Por qué este principio habría de ser menos verdadero aplicado a las facultades intelectuales y morales del hombre que a los demás fenómenos de la naturaleza?»¹³ Así nacían la idea de unas leyes naturales del desarrollo histórico y la concepción colectivista de la historia, no simplemente como atrevidas sugerencias, es cierto, sino para constituir una tradición ininterrumpida que llega hasta nuestros días.¹⁴

¹¹ Condorcet, *Esquisse*, ed. Prior, p. 11.

¹² *Ibid.*, p. 200.

¹³ *Ibid.*, p. 203. El famoso pasaje que contiene esta sentencia se emplea significativamente como lema del libro 6, «On the Logic of the Moral Sciences», de la *Logic* de J.S. Mill.

¹⁴ Conviene recordar que el hombre que tuvo tanta parte en la creación de lo que a finales del siglo diecinueve se dio en llamar el «sentido de la historia», esto es la *Entwicklungsgedanke*, con todas sus implicaciones metafísicas, fue el mismo hombre que fue capaz de celebrar en un discurso la deliberada destrucción de documentos relativos a la historia de la nobleza francesa. «Hoy la Razón quema los innumerables volúmenes que testifican la vanidad de una casta. Otros vestigios permanecen en bibliotecas públicas y privadas: también estos deben acabar en la común destrucción.»

II

El propio Condorcet fue víctima de la Revolución. Pero su obra sirvió de guía en gran medida a esa misma Revolución, especialmente en sus reformas educativas, que, a principios del nuevo siglo, se concretaron en aquella gran organización institucionalizada y centralizada de la ciencia que inauguró uno de los periodos más gloriosos del progreso científico y se convirtió no sólo en la cuna de ese cientismo que aquí más directamente nos interesa, sino que también fue en gran medida responsable de la relativa decadencia de la posición francesa a lo largo del siglo, pasando de un indiscutible primer plano en el mundo a una posición detrás no sólo de Alemania sino también de otros países. Como ocurre con frecuencia en este tipo de movimientos, sólo en la segunda o tercera generación se inició el proceso degenerativo por el extremismo a que los discípulos de los grandes hombres llevaron las ideas de sus maestros, pretendiendo aplicarlas más allá de sus propios límites.

En tres aspectos ofrecen para nosotros particular interés las consecuencias directas de la Revolución. En primer lugar, el completo colapso de las instituciones existentes exigía una aplicación inmediata de todo conocimiento que apareciera como manifestación concreta de aquella Razón que era la diosa de la Revolución. Como decía uno de los periódicos científicos que surgieron al final del Terror, «la Revolución lo ha echado todo por tierra. Gobierno, moral, costumbres, todo debe ser reconstruido. ¡Qué ocasión extraordinaria para los arquitectos! ¡Qué magnífica oportunidad para emplear todas las agudas y excelentes ideas que hasta ahora han permanecido en el reino de la especulación abstracta, para emplear tantos materiales que antes no se pudieron emplear, para rechazar otros muchos que han sido obstáculo durante siglos y que había que emplear por fuerza!»¹⁵

La segunda consecuencia de la Revolución que aquí debemos considerar brevemente es la completa destrucción del antiguo sistema educativo y la creación de un sistema totalmente

¹⁵ *Décade philosophique* (1794), vol. 1, en Gouthier, *La jeunesse d'Auguste Comte*, vol. 2, p. 31.

nuevo que tan profundos efectos tuvo sobre las actitudes y concepciones generales de la generación siguiente. La tercera fue concretamente la fundación de la *École polytechnique*.

La Revolución había barrido el viejo sistema de colegios y universidades basado ampliamente en la educación clásica, y tras algunos breves experimentos, la Revolución la sustituyó en 1795 por las nuevas *écoles centrales*, que quedaron como las únicas dentro de la educación secundaria.¹⁶ En consonancia con el espíritu dominante y como violenta reacción contra las viejas escuelas, la enseñanza en las nuevas instituciones se limitó casi exclusivamente a las materias científicas. Las lenguas antiguas no sólo fueron reducidas a un mínimo y casi totalmente descuidadas en la práctica, sino que la enseñanza de la literatura, de la gramática y de la historia pasó a un segundo plano, y la moral y la instrucción religiosa estaban, por supuesto, completamente ausentes.¹⁷ Aunque al cabo de algunos años se intentó poner remedio, mediante una nueva reforma, a algunas de las deficiencias más graves,¹⁸ la interrupción durante una serie de años de aquellas materias fue suficiente para cambiar toda la atmósfera intelectual. Saint-Simon describía así este cambio en 1812 o 1813: «Es tal la diferencia en este aspecto entre la situación de hace no más de treinta años y la actual, que mientras en aquellos no tan lejanos días quien quería saber si una persona había recibido una educación superior, preguntaba: «¿conoce bien los autores griegos y latinos?», hoy pregunta: «¿está bien en matemáticas, está al corriente de las conquistas de la física, de la química, de la historia natural, en una palabra, de las ciencias positivas y de las de observación?»¹⁹

Así se formó toda una generación para la que la gran reserva de sabiduría social, la única forma en que realmente se transmite la comprensión de los procesos sociales que tuvieron las grandes

¹⁶ Véase E. Allain, *L'oeuvre scolaire de la révolution, 1789-1802* (París, 1891); C. Hippeau, *L'instruction publique en France pendant la révolution* (París, 1883); y F. Picavet, *Les idéologues* (París, 1891), pp. 56-61.

¹⁷ Véase Allain, *op. cit.*, pp. 117-20.

¹⁸ Después de 1803 las lenguas antiguas fueron, por lo menos en parte, reintroducidas en los *lycées* napoleónicos.

¹⁹ H. de Saint-Simon, «Memoire sur la science de l'homme» (1813), en *Oeuvres de Saint-Simon et d'Enfantin* (París, 1877-78), vol. 40, p. 16.

mentes, la gran literatura de todos los tiempos, fue un libro cerrado. Por primera vez en la historia hizo su aparición aquel nuevo tipo que, como el producido por la *Realschule* alemana e instituciones similares, fue tan importante e influyente a finales del siglo XIX y principios del XX: el especialista técnico al que se le considera ilustrado porque ha pasado por escuelas difíciles, pero que nada o muy poco conoce acerca de la sociedad, su vida, desarrollo, problemas y valores, y que sólo el estudio de la historia, la literatura y el lenguaje puede dar.

III

No sólo en la educación secundaria, sino más aún en la educación superior, la Convención revolucionaria creó un nuevo tipo de escuela que había de convertirse en institución permanente y en modelo imitado por todo el mundo: la *École polytechnique*. Las guerras de la Revolución y la ayuda que algunos científicos pudieron prestar en la producción de bienes esenciales²⁰ habían llevado a una nueva valoración de la necesidad de ingenieros cualificados, ante todo para fines militares. Pero el progreso industrial despertó también un nuevo interés por las máquinas. El progreso científico y tecnológico despertó un gran entusiasmo por los estudios tecnológicos, que se manifestó en la creación de sociedades tales como la *Assotiation philotechnique* y la *Société polytechnique*.²¹ La formación técnica superior había estado limitada hasta entonces a escuelas especializadas tales como la *École des Ponts et Chaussés* y diversas escuelas militares. En una de estas últimas había enseñado G. Monge, el fundador de la geometría descriptiva, ministro de Marina durante la Revolución y posteriormente amigo de Napoleón. Monge apoyó la idea de una gran escuela única en la que recibirían su formación en las materias comunes todas las clases de ingenieros.²² Comunicó su idea a Lazare Carnot,

²⁰ Especialmente el salitre para la fabricación de pólvora.

²¹ Véase Pressard, *Histoire de l'association philotechnique* (París, 1889); y Gouhier, *op. cit.*, p. 54.

²² Sobre la fundación e historia de la *École polytechnique*, véase A. Fourcy, *Histoire de l'École polytechnique* (París, 1828); G. Pinet, *Histoire de l'École polytechnique*

el «organizador de la victoria», discípulo suyo en otro tiempo y también él destacado físico e ingeniero.²³ Ambos imprimieron su huella en la nueva institución, que fue creada en 1794. La nueva *École polytechnique* se consagró (contra el parecer de Laplace)²⁴ principalmente a las ciencias aplicadas —a diferencia de la *École normale*, también creada por entonces y dedicada a la teoría— y como tal permaneció durante los diez o veinte primeros años de su existencia. Toda la enseñanza estaba centrada, en un grado muy superior a lo que todavía ocurre en instituciones semejantes, en la materia de Monge, la geometría descriptiva, o arte de la proyección, como podríamos definirla para subrayar su especial interés para los ingenieros.²⁵ Organizada al principio con criterios esencialmente civiles, la escuela recibió posteriormente una organización militar de Napoleón, quien la apoyó también en varios otros modos, se opuso tenazmente a liberalizar su curriculum y

(París, 1887); G.-G.J. Jacobi, «Über die Pariser polytechnische Schule» (Informe presentado el 22 de mayo de 1835 ante la Sociedad de ciencias físico-económicas de Königsberg), en *Gesammelte Werke* (Berlín, 1891), vol. 6, p. 355; F. Schnabel, *Die Anfänge des technischen Hochschulwissens* (Stuttgart, 1925); y F. Klein, *Vorlesungen über die Entwicklung der Mathematik* (Berlín, 1926), vol. 1, pp. 63-89.

²³ Carnot había publicado en 1783 su *Ensayo sobre las máquinas en general* (en la segunda edición [1803] de *Principles fondamentaux de l'équilibre du mouvement*) en el que no sólo exponía la nueva concepción de la mecánica de Lagrange, sino que desarrollaba la idea de la «máquina ideal» que no pierde nada de la fuerza que la pone en movimiento. Su trabajo contribuyó mucho a allanar el camino al de su hijo, Sadi-Carnot, «fundador de la ciencia de la energía». Su hijo menor, Hippolyte, que fue jefe del grupo de sansimonianos, escribió la *Doctrine de Saint-Simon*, de la que hablaremos más adelante. Lazare Carnot, el padre, fue durante toda su vida admirador y protector del propio Saint-Simon. Como refiere Arago, Lazare Carnot «discutía siempre con él [Arago] sobre organización política de la sociedad del mismo modo en que en su obra habla de una máquina». Véase F. Arago, *Biographies of Distinguished Men*, trad. de W.H. Smith, etc. (Londres, 1857), pp. 300-304, y E. Dühring, *Kritische Geschichte der allgemeinen Prinzipien der Mechanik*, 3.^a ed. (Leipzig, 1887), pp. 257-61.

²⁴ L. de Launay, *Un grand français, Monge, fondateur de l'École polytechnique* (París, 1933), p. 130.

²⁵ Véase A. Comte, «Philosophical Considerations on the Sciences and Men of Science», en *Early Essays on Social Philosophy*, New Universal Library (Londres, 1825), p. 272, donde dice que «conoce sólo una concepción capaz de dar una idea precisa de [las características doctrinas apropiadas para constituir la especial existencia de la clase de los ingenieros], la del ilustre Monge, en su *Géométrie descriptive*, en la que ofrece una teoría general del arte de la construcción.»

concedió, aunque con relucencia, su aprobación a la creación de un curso sobre materia tan inocua como la literatura.²⁶

Con todo, a pesar de las limitaciones en las materias impartidas y las restricciones aún mayores impuestas a la formación previa de los estudiantes en los primeros años, la *École* contó desde el principio con un claustro de profesores probablemente más ilustre que el que cualquier otra institución en Europa haya tenido antes o después. Lagrange estuvo entre los primeros profesores, y aunque Laplace no enseñaba en ella regularmente, estuvo ligado a la escuela de muchas maneras, entre ellas la presidencia de su Consejo. Monge, Fourier, Prony y Poinsot formaron parte de la primera generación de profesores de materias matemáticas y físicas; Bertholet, que continuó la obra de Lavoisier, y muchos otros igualmente preclaros,²⁷ enseñaron química. La segunda generación, que empezó a suceder a la primera en el nuevo siglo, contó con nombres tales como Poisson, Ampère, Gay-Lussac, Thénard, Arago, Cauchy, Fresnel, Malus, para mencionar sólo a los más conocidos, casi todos, por añadidura, ex-alumnos de la *École*. A los pocos años de su fundación, ésta era ya famosa en toda Europa, y el primer intervalo de paz en 1801-1802 llevó a Volta, al conde Rumford y a Alexander von Humboldt²⁸ en peregrinación al nuevo templo de la ciencia.

IV

No es este lugar para hablar largo y tendido de las conquistas de la naturaleza asociadas a estos nombres. Aquí sólo nos interesa el espíritu general de euforia que generaron, con el sentimiento que crearon de que no había límites al poder de la mente humana y a la amplitud con que el hombre puede esperar aprisionar

²⁶ Jacobi, *op. cit.*, p. 370.

²⁷ Fourcroy, Vauquelin, Chaptal.

²⁸ En marzo de 1808, poco después de su llegada a París (formalmente en misión diplomática), Alexander von Humboldt escribió a un amigo: «Paso el tiempo en la *École polytechnique* y en las Tullerías. Trabajo en la Escuela y allí duermo; allí paso todo mi tiempo por la tarde y por la mañana. Ocupo la misma habitación con Gay-Lyssa» (K. Bruhns, *Alexander von Humboldt* [1872], vol. 2, p. 6).

y controlar todas aquellas fuerzas que tanto le habían amenazado y atemorizado. Acaso nada exprese mejor este espíritu que la osada idea de una fórmula general que Laplace expuso en un famoso pasaje de su *Essai philosophique sur les probabilités*: «Una mente que, en un determinado momento, conociera todas las fuerzas que animan a la naturaleza y la posición de todos los cuerpos que la componen, si fuera tan amplia que incluyera todos estos datos en su análisis, podría abarcar en una sola fórmula los movimientos de los más grandes cuerpos del universo y de los átomos más pequeños; nada sería incierto para ella; el futuro y el pasado estarían igualmente ante sus ojos.»²⁹ Esta idea, que ejerció una profunda fascinación³⁰ sobre una generación formada en el culto a la ciencia, es, como hoy resulta evidente, no sólo una concepción que expresaba una idea inalcanzable, sino también una deducción totalmente ilegítima de los principios mediante los cuales se establecen las leyes que rigen determinadas clases particulares de acontecimientos físicos. Hoy es considerada, incluso por los modernos positivistas, como una «ficción metafísica».³¹

Se nos ha descrito perfectamente en qué gran medida la enseñanza en la *École polytechnique* en su conjunto estaba penetrada del espíritu positivista de Lagrange y cómo los cursos y libros de texto que en ella se empleaban estaban modelados sobre su ejemplo.³² Pero acaso aún más importante para la visión general de los politécnicos fue la orientación práctica inherente a toda la enseñanza, el hecho de que todas las ciencias se estudiaran prevalentemente con la vista puesta en sus aplicaciones prácticas y

²⁹ Laplace, «*Essay philosophique sur les probabilités*» (1814), en *Les maitres de la pensée scientifique* (París, 1921), p. 3.

³⁰ Véase, por ejemplo, la referencia a esta idea en Abel Transon, *De la religion Saint-Simonienne: Aux élèves de l'École polytechnique* (París, 1830), p. 27. Véase también *infra*, cap. 12, n. 15.

³¹ Véase O. Neurath, *Empirische Soziologie* (Viena, 1931), p. 129. Sobre el postulado del determinismo universal, que se halla efectivamente implicado, véase en particular K. Popper, *Logik der Forschung* (1935), p. 183; P. Frank, *Das Kausalgesetz*; y R. von Mises, *Probability, Statistics and Truth* (1939), pp. 284-94. Igualmente característica del espíritu positivista y no menos efectiva para su difusión fue la anécdota sobre la respuesta de Laplace a Napoleón cuando éste le preguntó por qué en su *Mécanique céleste* no aparecía el nombre de Dios: «No tengo necesidad de esta hipótesis.»

³² Dühring, *op. cit.*, pp. 569 ss.

que todos los alumnos esperaran emplear sus conocimientos como ingenieros militares o civiles. En ella se creó el verdadero tipo de ingeniero, con su visión característica, sus ambiciones y sus limitaciones. Ese espíritu sintético que no reconoce sentido alguno en lo que no puede construirse deliberadamente; esa pasión por la organización que brota de las fuentes gemelas de las prácticas militares e ingenieriles,³³ la predilección estética por todo lo que ha sido construido conscientemente frente a lo que «simplemente se ha formado», fue un poderoso elemento nuevo que vino a añadirse, y con el tiempo a reemplazar, al ardor revolucionario de los jóvenes politécnicos. Los rasgos peculiares de este nuevo tipo de ingenieros, que, como alguien ha dicho, «se gloriaban de tener soluciones más precisas y satisfactorias que cualesquiera otros para los problemas políticos, religiosos y sociales»,³⁴ y que «se aventuraron a crear una religión como en la *École* se aprende a construir un puente o una carretera»,³⁵ se manifestaron ya desde el principio, revelando al mismo tiempo —como a menudo se ha señalado— su inclinación por el socialismo.³⁶ Aquí hemos de limitarnos a indicar que fue precisamente en este ambiente en el que Saint-Simon concibió algunos de los primeros y más fantásticos planes para la reorganización de la sociedad, y que fue en la *École polytechnique* donde, durante los primeros años de su existencia, recibieron su formación Auguste Comte, Prosper Enfantin, Victor Considérant, y algunos centenares de rusionianos y fourieristas posteriores, seguidos de una legión de reformadores sociales a lo largo del siglo, hasta Georges Sorel.³⁷

Pero, al margen de las tendencias dominantes entre los alumnos de la institución, debe observarse que los grandes científicos que crearon la fama de la *École polytechnique* no fueron culpables

³³ H. de Balzac, después de observar en una de sus novelas (*Autre étude de femme*) cómo las distintas épocas contribuyeron a enriquecer la lengua francesa con ciertos términos característicos (*organizar*, por ejemplo), añade que ésta «es una palabra del Imperio que contiene todo Napoleón».

³⁴ E. Keller, *Le général de la Moricière*, cit. en Pinet, *op. cit.*, p. 136.

³⁵ A. Thibaudet, cit. en Gouhier, *op. cit.*, vol. I, p. 146.

³⁶ Véase Arago, *op. cit.*, p. 109, y F. Bastiat, *Baccalauréat et socialisme* (París, 1850).

³⁷ Véase G. Pinet, *Ecrivains et penseurs polytechniciens* (París, 1898).

de aplicaciones ilegítimas de su técnica y de sus hábitos intelectuales a otros campos distintos de los suyos. Se ocuparon muy poco de los problemas del hombre y de la sociedad.³⁸ Ésta fue tarea de otro grupo de hombres, entonces no menos influyentes y admirados, pero cuyos esfuerzos por continuar las tradiciones del siglo XVIII en las ciencias sociales acabaron siendo sumergidos por la marea de cientismo y silenciados por la persecución política. Fue una gran desgracia para los *idéologues*, como se denominaron a sí mismos, el que este nombre se convirtiera en un lema con un significado contrario al que ellos le atribuían, y que sus ideas cayeran en manos de jóvenes ingenieros que las distorsionaron y cambiaron hasta hacerlas irreconocibles.

V

Es un hecho curioso que los estudiosos franceses del periodo que estamos considerando fueran divididos en dos «sociedades distintas con un único rasgo en común, la celebridad de sus nombres».³⁹ La primera estaba integrada por profesores y examinadores de la *École polytechnique*, que ya conocemos, y del *Collège de France*; la segunda estaba formada por el grupo de fisiólogos, biólogos y psicólogos ligados prevalentemente a la *École de médecine* y conocidos como los ideólogos.

No todos los grandes biólogos de los que Francia podía enorgullecerse en aquel tiempo pertenecían a este segundo grupo. En el *Collège de France*, Cuvier, fundador de la anatomía comparada y probablemente el más famoso de todos, permaneció próximo a los científicos puros. Los progresos de las ciencias biológicas, tal como él las explicó, contribuyeron tal vez más que cualquier otra cosa a crear la fe en la omnipotencia de los métodos de la ciencia pura. Se vio que muchos problemas que parecían ser reacios a un tratamiento exacto podían efectivamente abordarse con los

³⁸ Véanse, sin embargo, los ensayos de Lavoisier y Lagrange en Daire, *Mélanges d'économie politique*, 2 vols. (París, 1847-48), I: 575-607.

³⁹ Véase Arago, *op. cit.*, vol. 2, p. 34, donde observa que Ampère (especializado en fisiología) fue uno de los pocos eslabones de enlace entre ambos grupos.

mismos métodos.⁴⁰ Los otros dos biólogos cuyos nombres son actualmente incluso más conocidos, Lamarck y Geoffrey St. Hilaire, permanecieron al margen del grupo de los ideólogos y apenas tuvieron que ver con el estudio del hombre como ser pensante. Pero Cabanis y Main de Biran, con sus amigos Destutt de Tracy y Degérando, lo convirtieron en el centro de sus investigaciones.

Ideología,⁴¹ en el sentido que el grupo daba a este término, significa simplemente el análisis de las ideas humanas, incluida la relación entre la constitución física y mental del hombre.⁴² La inspiración del grupo procedía principalmente de Condillac y el campo de sus estudios fue diseñado por Cabanis, uno de los fundadores de la psicología fisiológica, en su *Rapports du physique et du moral de l'homme* (1802). Y aunque se discutió mucho entre ellos sobre la aplicación de los métodos de las ciencias naturales al hombre, ello significaba únicamente que proponían como objetivo un estudio del hombre sin prejuicios y sin nebulosas especulaciones acerca de su fin y su destino. Pero esto no impidió que Cabanis y sus amigos consagraran una buena parte de su

⁴⁰ Sobre la influencia de Cuvier, véase J.T. Merz, *A History of European Thought in the Nineteenth Century* (1906), vol. 1, pp. 136 ss, donde se cita (p. 154) el siguiente característico pasaje tomado del *Rapport historique sur le progrès des sciences naturelles depuis 1789* de Cuvier (1810): «Sólo experimentos, experimentos que sean precisos, hechos con pesos, medidas y cálculos, comparando las distintas sustancias empleadas y todas las sustancias obtenidas: tal es hoy la única forma de razonamiento y demostración. Así, aunque las ciencias naturales eludan la aplicación del cálculo, presumen de estar sometidas al espíritu matemático y, por la sabia dirección que han seguido constantemente, no se exponen al riesgo de dar pasos hacia atrás.» Véase Lord Acton, *Lectures on Modern History*, pp. 22. 338 n. 82.

⁴¹ A.C. Thibaudeau (*Bonaparte and the Consulate* [1843]; trad. G.K. Fortescue, 1908, p. 153) observa que, aunque los términos *ideologues* e *idéologie* suelen atribuirse a Napoleón, fueron introducidos como términos técnicos por Destutt de Tracy en el primer volumen de sus *Eléments d'idéologie* (1801); al menos la palabra *idéologie* era conocida en Francia ya desde 1684.

⁴² Sobre el conjunto de la escuela ideológica, véase una exhaustiva exposición en F. Picavet, *Les idéologues, Essai sur l'histoire des idées et des théories scientifiques, philosophiques, religieuses, en France depuis 1789* (París, 1891), y, después de la primera publicación del presente ensayo, E. Cailliet, *La tradition littéraire des idéologues* (Filadelfia, 1943). La expresión se usaba efectivamente en el mismo sentido amplio en que los contemporáneos alemanes usaban el término *antropología*. Sobre el equivalente alemán de los *idéologues*, véase F. Günther, «Die Wissenschaft vom Menschen. Ein Beitrag zum deutschen Geistesleben im Zeitalter des Rationalismus», en *Geschichtliche Untersuchungen*, ed. K. Lamprecht (1907), vol. 5.

actividad a aquel análisis de las ideas humanas que dio su nombre a la ideología. Ni siquiera se les ocurrió dudar de la legitimidad de la introspección. Si el otro jefe del grupo, Destutt de Tracy, propuso considerar la ideología en su conjunto como parte de la zoología,⁴³ esto no le impidió dedicarse enteramente a aquella parte de la misma que él llamaba *ideología racional* —en oposición a la *ideología fisiológica*— integrada por la lógica, la gramática y la economía.⁴⁴

No puede negarse que en todo esto, fruto de un entusiasmo por las ciencias puras, emplearon muchas expresiones ambiguas que fueron burdamente tergiversadas por Saint-Simon y Comte. Cabanis en particular insistía repetidamente en que la física debía ser la base de las ciencias morales;⁴⁵ pero para él esto sólo significaba que deben tenerse en cuenta las bases fisiológicas de las actividades mentales, y siempre reconoció estas tres partes distintas de la «ciencia del hombre»: fisiología, análisis de las ideas y moral.⁴⁶ Pero, por lo que respecta a los problemas de la sociedad, mientras que la obra de Cabanis no pasó del estado de esbozo programático, Destutt de Tracy aportó importantes contribuciones, de las que aquí mencionaremos una sola: el análisis del valor y su relación con la utilidad, en el que, partiendo de los fundamentos puestos por Condillac, fue mucho más allá en la formulación de aquella correcta teoría del valor que le faltaba a la economía política clásica inglesa y que le habría podido evitar el *impasse* en que acabó cayendo. Puede decirse que Destutt de Tracy (y Louis Say, que luego continuó su obra) anticipó en más de medio siglo lo que sería uno de los avances más espectaculares de la teoría social, la teoría subjetiva (o de la utilidad marginal) del valor.⁴⁷

⁴³ Picavet, *op. cit.*, p. 337.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 314.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 250. Véase también pp. 131-35, dedicadas a Volney, predecesor de Cabanis en este género de estudios. En 1793 publicó Volney *Catéchisme du Citoyen Français*, que luego se convirtió en *La loi naturelle ou les principes physiques de la morale*, donde intenta, sin éxito, explicar la moral como ciencia física.

⁴⁶ Picavet, *op. cit.*, p. 226.

⁴⁷ Sobre Destutt de Tracy, véase H. Michel, *L'idée d'état* (París, 1895), pp. 282-86; sobre Louis Say, véase A. Schatz, *L'individualisme économique et social* (París, 1909), pp. 153 ss.

Es cierto que muchos que eran ajenos a su círculo fueron mucho más lejos en la aplicación de la técnica de las ciencias naturales a los fenómenos sociales, especialmente la *Société des observateurs de l'homme*, que, en gran parte bajo la influencia de Cuvier, siguieron el camino de limitar el estudio social al mero registro de observaciones, en una actitud que recuerda la de algunas organizaciones análogas de nuestros días.⁴⁸ Pero, en conjunto, no hay duda de que los ideólogos preservaron la mejor tradición de los *philosophes* del siglo XVIII. Y mientras sus colegas de la *École polytechnique* se hicieron admiradores y amigos de Napoleón y recibieron de él toda clase de apoyos, los ideólogos permanecieron firmes defensores de la libertad individual y por ello incurrieron en la cólera del déspota.

VI

Fue Napoleón quien puso en circulación el término *ideólogo* en su nuevo sentido, empleándolo como expresión despectiva hacia todos aquellos que se atrevían a defender la libertad frente a él.⁴⁹

⁴⁸ Picavet, *op. cit.*, p. 82.

⁴⁹ Véase el pasaje de la respuesta de Napoleón al Consejo de Estado en su sesión del 20 de diciembre de 1812, citado por Pareto (*Mind and Society*, vol. 3, p. 1.244), tomado del *Moniteur universel* (París), 21 de diciembre de 1812: «Todas las desgracias que nuestra bella Francia ha experimentado hay que atribuir las a la “ideología”, a esa nebulosa metafísica que busca ingeniosamente las primeras causas y pretende fundamentar la legislación de los pueblos, en lugar de adaptar las leyes a lo que sabemos sobre el corazón humano y las lecciones de la historia. Tales errores sólo pueden llevar, como de hecho han llevado, a un régimen de hombres sanguinarios. ¿Quién ha engañado al pueblo atribuyéndole una soberanía que no puede ejercer? ¿Quién ha destruido la santidad de las leyes y el respeto hacia ellas, basándolas no en los sagrados principios de la justicia, en la naturaleza de las cosas y en la naturaleza de la justicia civil, sino simplemente en la voluntad de una asamblea formada por individuos carentes aun del más elemental conocimiento de las leyes, ya sean civiles, administrativas, políticas o militares? Cuando un hombre está llamado a organizar un estado, debe seguir principios que están permanentemente en conflicto. Las ventajas y desventajas de los distintos sistemas de legislación deben buscarse en la historia.» Véase también H. Taine, *Les origines de la France contemporaine* (1876), vol. 2, pp. 214-33. No por su exactitud histórica, bastante problemática, sino para dar una idea de cómo consideró todo esto la generación siguiente, podemos citar estas características afirmaciones de un eminente sansimoniano:

Y no se limitó a esto. El hombre que comprendió mejor que todos sus imitadores que «a la larga, el espíritu siempre vence a la espada» no dudó en llevar a la práctica su «repugnancia por toda discusión y toda enseñanza de temas políticos». ⁵⁰ El economista J.B. Say, miembro del grupo de los ideólogos y durante muchos años director de su periódico, la *Décade philosophique*, fue uno de los primeros que sintieron su mano dura. Cuando se negó a cambiar un capítulo de su *Traité d'économie politique* para acomodarlo a los deseos del dictador, se prohibió la segunda edición y el autor fue expulsado del *tribunat*. ⁵¹ En 1806, Destutt de Tracy solicitó al presidente Jefferson que patrocinara al menos una traducción inglesa de su *Commentaire sur l'esprit des lois* que no había podido publicar en su propio país. ⁵² Poco antes (1803) se suprimió toda la segunda clase del *Institut*, la de ciencias morales y políticas. ⁵³ Como consecuencia, estos temas fueron excluidos del gran *Tableau de l'état et des progrès des sciences et des arts depuis 1789*, cuya realización se encargó en 1802 a las tres clases del *Institut*. Era todo un símbolo de la posición de estas materias bajo el Imperio. Se prohibió la enseñanza de las mismas y toda una nueva generación creció en la ignorancia de sus conquistas en el pasado. Quedaba así abierta la posibilidad de partir nuevamente de cero, sin el condicionamiento de los resultados acumulados por los estudios del pasado. Los problemas sociales debían estudiarse en otra óptica. Los métodos que, desde d'Alembert, se había aplicado con tanto éxito en física, cuyo carácter había quedado ahora explicitado, y que en época aún más próxima se habían aplicado con el mismo éxito en química y biología, debían aplicarse ahora a la ciencia del hombre. Los resultados los iremos viendo.

«Después de 1793, la *Académie des sciences* toma el cetro; los *matemáticos* y los *físicos* substituyen a los literatos: Monge, Fourcroy, Laplace... reinan en el mundo de la inteligencia. Al mismo tiempo, Napoleón, miembro del Instituto, clase de *mecánica*, ahoga en la cuna a los hijos legítimos de la filosofía del siglo XVIII» (P. Enfantin, *Colonisation de l'Algérie* [1843], pp. 521-22).

⁵⁰ Véase A.C. Thibaudeau, *Le consulat et l'empire* (París, 1835-37), vol. 3, p. 396.

⁵¹ J.B. Say, *Traité d'économie politique*, 2.^a ed. (1814), Nota previa.

⁵² Véase G. Chinard, *Jefferson et les idéologues* (Baltimore, 1925).

⁵³ Véase Merz, *op. cit.*, p. 149.

LOS SALARIOS MÍNIMOS

LUDWIG VON MISES*

Propugnar un alza constante de la remuneración laboral —bien por decisión del poder público o como consecuencia de la intimidación y la fuerza de los sindicatos— constituye la esencia del intervencionismo. Elevar los salarios más allá del límite que el mercado señalaría se considera una medida maravillosa para la economía en general, que además se apoya en eternas normas morales. Quien tenga audacia suficiente para oponerse a este dogma ético-económico se verá inmediatamente denigrado como imagen viva de la maldad y de la ignorancia. El temor y asombro con que las tribus primitivas contemplaban a quien osara violar cualquier norma reputada tabú es idéntico al que embarga a la mayoría de nuestros contemporáneos cuando alguien es lo bastante temerario como para romper una línea de piquetes de huelga. Millones de seres exultan de alegría cuando los esquirols reciben merecido castigo de manos de los huelguistas, en tanto que policías, fiscales y jueces guardan ante el hecho altiva neutralidad o incluso se ponen del lado de quienes fomentan la violencia.

Los tipos de salario establecidos por el mercado tienden a alcanzar un nivel tal que facilita empleo a todos los que lo desean, y permiten a quienes buscan trabajadores contratar tantos como precisan, con lo que se logra ese *pleno empleo* hoy tan reclamado por todos. Cuando ni el poder público ni los sindicatos interfieren el mercado, únicamente puede haber o paro voluntario o paro cataláctico. Pero, tan pronto como mediante métodos coactivos externos al funcionamiento del mercado —ya provengan de actos del gobierno o de la intromisión de los sindicatos— se pretende que los salarios rebasen aquel límite, surge el paro institucional. Así como en el mercado no interferido prevalece una inexorable

* En Ludwig von Mises [1949], *La acción humana*, Unión Editorial, 9.ª edición, Madrid 2009.

tendencia a la extinción del paro cataláctico, el paro institucional, por el contrario, no puede desaparecer en tanto los poderes públicos o sindicales impongan sus particulares decisiones. Si el tipo mínimo de salario afecta sólo a una parte de los posibles sectores de ocupación, quedando libres otras ramas del mercado laboral, quienes pierden su empleo a consecuencia de la elevación de los salarios invaden las industrias libres de aquella injerencia incrementando la oferta de mano de obra. Cuando tan sólo los obreros más cualificados se hallaban asociados, los aumentos salariales conseguidos por los sindicatos no provocaban paro institucional. Rebajaban simplemente las retribuciones laborales de aquellos otros trabajadores todavía no asociados o cuyos sindicatos eran menos eficientes. Corolario de la mejora conseguida por los obreros organizados era la reducción de remuneraciones que soportaban los demás. Hoy en día, sin embargo, acentuada la interferencia del poder público en la fijación de la remuneración laboral y reforzada la organización sindical con el apoyo del gobierno, las cosas han cambiado. El paro institucional se ha convertido ya en un fenómeno social crónico y permanente.

Lord Beveridge, más tarde entusiasta defensor de la injerencia gubernamental y sindical en el mercado laboral, subrayaba en 1930 que la capacidad de «una política de salarios altos» para provocar paro «no la niega ningún investigador de autoridad reconocida».¹ Desconocer esta concatenación causal implica poner en duda la existencia misma de leyes que regulen la sucesión e interconexión de los fenómenos de mercado. Los economistas que al principio simpatizaron con las asociaciones obreras pronto comprendieron que las organizaciones sindicales sólo pueden alcanzar sus objetivos mientras se preocupan exclusivamente de minorías trabajadoras. La actividad sindical sólo puede beneficiar a una aristocracia laboral privilegiada, desentendiéndose de las repercusiones que el resto del mundo salarial tiene que soportar.² Nadie ha podido afirmar coherentemente que mediante la

¹ Cfr. W.H. Beveridge, *Full Employment in a Free Society*, Londres 1944, pp. 362-371.

² Cfr. Hutt, *The Theory of Collective Bargaining*, pp. 10-21 [ed. esp.: *La contratación colectiva*, Unión Editorial, Madrid 1975 y 2010].

acción de los sindicatos obreros fuera posible ni mejorar la condición ni elevar el nivel de vida de *todos* los asalariados.

Vale la pena recordar aquí que el propio Marx nunca pensó que la acción sindical pudiera incrementar los salarios en general. «La tendencia normal de la producción capitalista —decía— no apunta al alza sino a la baja del nivel medio de los salarios.» Las asociaciones obreras, por tanto, lo único que podían hacer con respecto a los salarios era procurar «sacar el mejor partido posible de oportunidades ocasionales a fin de mejorarlos circunstancialmente».³ Marx, sin embargo, apoyaba la existencia de tales asociaciones obreras porque permitían arremeter contra «el sistema mismo de la esclavitud del salario y los actuales métodos de producción».⁴ Los sindicatos deberían comprender que «en lugar del lema conservador *¡Un buen jornal por un buen trabajo!* deberían inscribir en su bandera la consigna revolucionaria *¡Abajo el sistema salarial!*».⁵ Los marxistas lógicos combatieron siempre todo intento de imponer tipos mínimos de salario, pues entendían que perjudicaban al interés de la masa laboral en su conjunto. Desde que se inició el moderno movimiento obrero no ha cesado el antagonismo entre los sindicatos y los socialistas revolucionarios. Las tradicionales uniones laborales inglesas y americanas se dedicaban exclusivamente a obtener, mediante la coacción, salarios más altos. Pero desconfiaban del socialismo, tanto del «utópico» como del «científico». En Alemania hubo tremenda rivalidad entre los partidarios del marxismo y los líderes sindicalistas. Y consiguieron éstos, en los decenios anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial, imponer sus ideas. Los socialdemócratas hicieron suyos entonces los principios del intervencionismo y del sindicalismo. En Francia, Georges Sorel pretendió imbuir en los sindicatos el espíritu de ruda combatividad y belicosidad revolucionaria que Marx deseaba imprimirles. Todavía hoy, en todos los países no socialistas, se aprecia dentro de las asociaciones obreras aquel conflicto entre las dos

³ Cfr. Marx, *Value, Price and Profit*, ed. E. Marx Avelling, Chicago, Charles H. Kerr and Company, p. 125.

⁴ Cfr. A. Lozovsky, *Marx and the Trade Unions*, Nueva York 1935, p. 17.

⁵ Cfr. Marx, *op. cit.*, pp. 126-127.

facciones, incapaces siempre de llegar a entenderse. Una de ellas considera el sindicalismo como medio idóneo para mejorar la situación del obrero en el seno del capitalismo; la otra, por el contrario, no ve en los sindicatos sino organizaciones al servicio del comunismo militante, aprobando su existencia sólo en la medida en que, convertidas en la vanguardia del ejército proletario, su violencia permita derrocar el sistema capitalista.

Un exceso de verbalismo pseudohumanitario ha hundido en la confusión y el apasionamiento las cuestiones que suscita el sindicalismo obrero. Quienes propugnan coactivos salarios mínimos —ya sea impuestos por el poder público o por la violencia sindical— aseguran estar combatiendo por la mejora y bienestar de las masas laborales. No toleran que nadie ponga en duda ese su peculiar dogma según el cual los tipos mínimos de salario constituyen el método único, idóneo e indispensable para incrementar las retribuciones laborales de modo permanente y para todos los asalariados. Alardean de ser los verdaderos amigos del «obrero», del «hombre común»; los auténticos partidarios tanto del «progreso» como de los eternos principios de la «justicia».

Pero el problema es más profundo. Consiste en determinar si no es más cierto que el único e insoslayable método para elevar el nivel de vida de *todos* los trabajadores consiste, precisa e inequívocamente, en aumentar la productividad marginal del trabajo mediante el incremento del capital disponible a ritmo superior al crecimiento de la población. Los teóricos del sindicalismo pugnan con denuedo por escamotear tan fundamental cuestión. Nunca hacen referencia al tema básico, es decir, a la relación entre el número de obreros y la cantidad disponible de bienes de capital. Determinadas medidas sindicales suponen una tácita admisión de los teoremas catalácticos relativos a la determinación de los tipos de salario. Los sindicatos, impidiendo la entrada de mano de obra extranjera y poniendo todo género de obstáculos al acceso de competidores nacionales a aquellos sectores que controlan, lo que en definitiva provocan es una reducción de la oferta laboral allí donde les interesa. Por otra parte, se muestran hostiles a la exportación de capitales. ¿Qué sentido tendría todo esto si no fuera cierto que la cuota de capital disponible por individuo determina el *quantum* salarial?

La *explotación* de la masa laboral constituye la base y fundamento de la ideología sindicalista. De acuerdo con la versión que de esa tesis ofrece el sindicalismo —versión que no coincide del todo con la del credo marxista— en la producción de bienes sólo el trabajo cuenta y el valor del trabajo invertido constituye el único coste real. Todos los beneficios que proporciona la cosa elaborada deberían en justicia llegar íntegramente a manos del obrero, quien sólo así llegaría a cosechar el producto íntegro de su trabajo. El daño que el sistema capitalista irroga a la masa laboral radica en permitir que terratenientes, capitalistas y empresarios retengan y hagan suya una parte de esos beneficios. La porción que retiran tales parásitos sociales constituye la renta *no ganada*. Es una renta sustraída a otros; un robo, en definitiva. Tienen, pues, sobrada razón los obreros cuando persiguen la paulatina pero constante alza de los salarios hasta lograr que nada reste para el mantenimiento de explotadores ociosos, carentes de toda utilidad social. Las masas laborales, por esta vía, no hacen sino proseguir la batalla que pretéritas generaciones iniciaran por la emancipación de esclavos y siervos y la abolición de los impuestos, tributos, diezmos y prestaciones gratuitas que pesaban sobre los siervos de la gleba en beneficio de la nobleza detentadora de la tierra. De ahí que la actividad obrera resulte invariablemente favorable a la libertad, la igualdad y a los inalienables derechos del hombre. Y no cabe dudar de la victoria final; la inexorable evolución histórica tiende a barrer los privilegios de clase, para instaurar últimamente el reino de la libertad y la igualdad. De antemano está condenada al fracaso la reaccionaria actitud empresarial en su vana pretensión de detener el progreso.

Tales son los principios de la filosofía social hoy imperante. No faltan, sin embargo, quienes, aun aceptando estas ideas filosóficas, no quieren llegar a admitir las conclusiones lógicas preconizadas por los extremistas. Son personas más suaves, más comedidas, que creen que al empresario también le corresponde *algún* beneficio, aunque éste no debe sobrepasar los límites de lo «justo». Pero, comoquiera que los módulos para fijar en términos de equidad la porción correspondiente a empresarios y capitalistas varían en extremo, la diferencia de criterio entre radicales y moderados, al final, cuenta poco y, además, los segundos en ningún caso

dejan de prohijar el principio de que los salarios reales deben subir siempre; en ninguna circunstancia deben bajar. Muy pocos, en este sentido, fueron los que en los Estados Unidos, durante el curso de las dos guerras mundiales, se atrevieron a discutir la pretensión de los sindicatos según la cual, incluso en medio de una crisis nacional, la retribución *neta* de los salarios debía ser incrementada a ritmo superior al coste de la vida.

Afirma el sindicalismo que la confiscación, total o parcial, de los beneficios de empresarios y capitalistas no produce daño alguno. Los partidarios del dogma sindical emplean el término beneficio en el sentido que le dieron los economistas clásicos. No se establece distinción alguna entre el beneficio empresarial propiamente dicho, los intereses del capital aportado y la oportuna compensación por los servicios laborales prestados por el propio empresario. Abordaremos más tarde las consecuencias que derivan de la confiscación de intereses y dividendos; y veremos también qué es lo que la teoría sindical pretende sacar de los dogmas de la «capacidad de pago» y de la «participación en beneficios». ⁶ Hemos examinado ya el argumento del poder adquisitivo que se aduce para justificar la elevación del salario por encima de los tipos potenciales del mercado. ⁷ Resta por analizar el denominado *efecto Ricardo*.

Ricardo fue quien por primera vez expuso explícitamente la tesis según la cual el alza salarial impulsa a los capitalistas a sustituir mano de obra por maquinaria y viceversa. ⁸ Los sindicalistas concluyen que una política de elevación de salarios ha de resultar invariablemente beneficiosa para todos, al poner en marcha perfeccionamientos técnicos que acrecientan la productividad del trabajo. Esos más altos salarios se pagan por sí solos. Los obreros, forzando en tal sentido a los empresarios, se constituyen en la vanguardia que impulsa la prosperidad y el progreso.

Muchos economistas aprueba la tesis de Ricardo, pero no son consecuentes y rechazan las radicales conclusiones que deberían

⁶ V. pp. 947-967.

⁷ V. pp. 365-397.

⁸ V. Ricardo, *Principles of Political Economy and Taxation*, cap. I, secc. V [trad. esp., FCE, México 1978]. La expresión «efecto Ricardo» la acuñó Hayek. V. su obra *Profits, Interest and Investment*, Londres 1939, p. 8.

admitir una vez aceptada la premisa. La verdad es que el *efecto Ricardo* no pasa de ser un argumento que sólo deslumbra a principiantes en ciencia económica. Pero, por eso mismo, es una falacia altamente peligrosa cuyo íntimo error conviene poner de manifiesto.

La confusión comienza con lo de que la máquina «sustituye» al obrero. La máquina lo único que hace es dar más eficiencia y productividad al factor trabajo. Con una misma inversión de mano de obra se obtienen bienes en mayor cantidad o de mejor calidad. La utilización de máquinas y herramientas no origina por sí sola reducción del número de obreros dedicados a la fabricación del artículo *A*. Este efecto secundario se origina porque, en igualdad de condiciones, una mayor oferta de *A* disminuye la utilidad marginal de las correspondientes unidades en comparación con la de otros artículos; de ahí que, desde un punto de vista social, convenga distraer mano de obra de la producción de *A* para dedicarla a la elaboración de otros bienes. El perfeccionamiento tecnológico registrado en la fabricación de *A* hace posible que en adelante puedan realizarse proyectos que antes no podían llevarse a la práctica porque la mano de obra requerida estaba precisamente dedicada a producir el artículo *A* demandado a la sazón más urgentemente por los consumidores. La reducción del número de obreros en la industria *A* deriva de la creciente demanda que, gracias al nuevo capital, provocan aquellos otros sectores como consecuencia de la oportunidad que se les presenta de expandirse. Todo esto pone incidentalmente de relieve la inconsistencia de todas las vaguedades que sobre el «paro tecnológico» suelen escucharse.

Las máquinas y las herramientas no son primariamente dispositivos para economizar mano de obra, sino medios que aumentan la producción por unidad de gasto. El utillaje industrial tan sólo economiza mano de obra si se considera desde el punto de vista del particular sector de producción afectado. Contemplado desde el punto de vista del consumidor y en relación con el interés de la colectividad, las máquinas no son más que instrumentos que multiplican la productividad del esfuerzo humano. Incrementan la cuantía de bienes disponibles y permiten, de un lado, ampliar el consumo y, de otro, disponer de más tiempo libre.

Qué bienes serán consumidos en mayor cantidad y hasta qué punto preferirá la gente disponer de más ocio depende de los individuales juicios valorativos.

El empleo de más y mejores herramientas es factible sólo en la medida en que puede disponerse del capital necesario. Ahorrar —es decir, provocar un excedente de producción sobre el consumo— es una condición indispensable para todo perfeccionamiento tecnológico. De nada sirve el dominar las oportunas técnicas, si no se dispone del capital necesario. Los indios conocen perfectamente los métodos americanos de producción; no es, desde luego, el bajo nivel de los salarios indios lo que les impide adoptarlos; el problema está en su insuficiente capitalización.

El ahorro capitalista conduce necesariamente a la mejora e incremento de los equipos industriales; el ahorro simple —es decir, el almacenamiento de bienes de consumo como reserva para el día de mañana— desempeña en una economía de mercado un papel despreciable. Dentro del sistema capitalista el ahorro es siempre ahorro capitalista. El excedente de la producción sobre el consumo se invierte, o directamente en el propio negocio del sujeto que ahorra, o indirectamente en empresas de terceros mediante cuentas bancarias de depósito, suscripción de acciones, bonos y obligaciones o hipotecas.⁹ En el grado en que la gente mantiene el consumo por debajo de sus ingresos, va creándose un capital adicional que tan pronto como es acumulado se destina a incrementar los bienes que integran el mecanismo de producción. Como ya dijimos anteriormente, este resultado no puede ser desvirtuado por cualquier tendencia sincrónica hacia una mayor liquidez.¹⁰ Por un lado, la acumulación de capital adicional es condición indispensable si se quiere disponer de más y mejores herramientas; por otro, no existe para el capital adicional otro destino que la adquisición de más y mejores herramientas.

La teoría de Ricardo y la doctrina sindicalista que de ella deriva alteran por completo el planteamiento. La tendencia a elevar

⁹ Dado que nuestro estudio se contrae a las condiciones de una economía de mercado, podemos prescindir de los efectos consuntivos que sobre el capital provocan los empréstitos públicos.

¹⁰ V. pp. 622-623.

los salarios no es la causa, sino el efecto del perfeccionamiento técnico. La actividad mercantil basada en el lucro se ve compelida a utilizar los más eficientes métodos de producción. Tan sólo la insuficiencia de capital pone freno al empresario en su constante afán por mejorar el equipo industrial manejado. Si se carece del capital indispensable, es inútil recurrir a un aumento salarial para obtenerlo.

Los tipos mínimos de salario únicamente influyen en el empleo de maquinaria desviando la inversión adicional de uno a otro sector. Supongamos que en un país económicamente atrasado, Ruritania, el sindicato de estibadores fuerza a los patronos a abonar salarios más elevados en comparación con los que satisfacen las restantes industrias del país. En tal supuesto puede acontecer que el más provechoso empleo de capital adicional consista en instalar artefactos mecánicos para la carga y descarga de buques. Sin embargo, el capital empleado sería sustraído de otros sectores industriales que sin la imposición sindical lo habrían utilizado de un modo más beneficioso. El aumento de salarios concedido a los estibadores no provoca incremento alguno en la producción total ruritana, sino por el contrario una disminución.¹¹

En igualdad de circunstancias, sólo si se incrementa el capital aumentan los salarios. Cuando el poder público o los sindicatos imponen salarios superiores a los que habría fijado un mercado laboral no interferido, la oferta de mano de obra excede la demanda y surge el paro institucional.

Bajo el hechizo avasallador del intervencionismo, tratan los gobiernos de corregir las indeseadas consecuencias de su injerencia acudiendo a la hoy denominada política de pleno empleo e implantan el subsidio contra el paro, el arbitraje como medio de resolver los conflictos laborales, la realización de obras públicas, la expansión crediticia y, en fin, la inflación. Estos remedios son peores que el propio mal que pretenden curar.

La ayuda a los parados no pone fin al paro; les facilita medios para permanecer ociosos. Cuanto más se aproxima el subsidio

¹¹ El ejemplo es meramente hipotético. Tan poderoso sindicato probablemente lo que hubiera hecho es vetar el empleo de dispositivos mecánicos en la carga y descarga de buques, con el pretexto de «crear mayor número de empleos».

al nivel que para la remuneración laboral habría señalado el mercado, en mayor grado se aminora el incentivo de hallar nueva colocación. Más que un método para suprimir el paro, es un simple medio de prolongarlo. Las desastrosas repercusiones económicas que tales subvenciones provocan son harto conocidas.

El arbitraje no es un sistema adecuado para resolver las discrepancias para determinar la cuantía de los salarios. Si la decisión arbitral coincide exactamente con el tipo potencial que señala el mercado o indica un salario inferior, resulta superflua. Si, en cambio, los fija por encima del tipo potencial de mercado, se producen las mismas consecuencias que las de cualquier otro sistema de fijación de salarios mínimos por encima de los de mercado, es decir el paro institucional. Es irrelevante la motivación a que recurra el árbitro para justificar su fallo. Lo que importa no es si los salarios son «justos» o «injustos» con arreglo a criterios arbitrarios, sino si dan lugar a un exceso de oferta de mano de obra sobre la demanda. Es posible que haya gente que considere acertado fijar los salarios a tal nivel que se condene a la mayor parte de la masa obrera potencial a un paro permanente. Ahora bien, nadie osará afirmar que ello sea conveniente y beneficioso para la sociedad.

Si los gastos del gobierno en obras públicas se financian mediante la imposición fiscal o emitiendo deuda, la capacidad de gastar e invertir de los ciudadanos se reduce en la misma proporción en que aumenta el erario público. No se crean puestos de trabajo adicionales.

Pero si el gobierno nutre su presupuesto acudiendo a manipulaciones inflacionistas —aumento de la circulación fiduciaria o mayor expansión crediticia—, lo único que hace es provocar un alza general de los precios. Si durante el proceso inflacionario el incremento de los salarios resulta rebasado por la subida de los precios, es posible que el paro institucional se atenúe e incluso que desaparezca. Pero ello no significa sino que se reducen los salarios *reales*. Lord Keynes aseguraba que la expansión crediticia podía acabar con el paro; pensaba que la «rebaja gradual y automática de los salarios reales como consecuencia del alza de los precios» no hallaría una resistencia tan vigorosa en la masa laboral como cualquier otra tentativa de reducir nominalmente

los salarios.¹² El que tan sofisticado plan tenga efecto positivo exige mantener a los asalariados en un estado de ignorancia y estupidez altamente improbable. Mientras sigan creyendo que los salarios mínimos les benefician, no consentirán que se les defraude mediante tan simples maquinaciones.

En la práctica, todos estos artificios de una supuesta política de pleno empleo no conducen al final sino a instaurar un socialismo de tipo germano. Comoquiera que los miembros de un tribunal arbitral paritario, con representantes patronales y obreros, nunca llegan a ponerse de acuerdo en cuanto a la remuneración que deba reputarse justa, la decisión virtualmente incumbe a los vocales designados por el gobierno. Queda así el poder público investido de facultades para fijar los salarios.

Cuanto más proliferen las obras públicas, cuanto mayor número ponga en marcha el gobierno para llenar el vacío que provoca la «incapacidad de la empresa privada para el logro del empleo total», el ámbito de la actividad individual se irá progresivamente reduciéndose, con lo que el dilema capitalismo o socialismo vuelve a surgir. Es, por tanto, impensable una política permanente de salarios mínimos.

ASPECTOS CATALÁCTICOS DEL SINDICALISMO

El único problema cataláctico que la existencia de asociaciones obreras plantea no es otro sino el de decidir si mediante la coacción y la fuerza se pueden elevar los salarios de todos los que aspiran a obtenerlos por encima del límite que un mercado inadulterado señalaría.

En todos los países los sindicatos han conseguido el privilegio de apelar a la violencia. El poder público les ha transferido

¹² V. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Londres 1936, p. 264 [trad. esp., FCE, 9.^a reimpresión, México 1977]. Para un examen crítico de esta idea, ver Albert Hahn, «Deficit Spending and Private Enterprise», *Postwar Readjustments Bulletin*, n.º 8, U.S. Chamber of Commerce, 28-29; Henry Hazlitt, *The Failure of the «New Economics»*, Princeton 1959, pp. 263-295 [trad. esp., Aguilar, Madrid 1961]. Sobre el éxito de la estrategia keynesiana en los años 30, v. pp. 935-936.

su más típico atributo, a saber, el uso exclusivo de la coacción. Las leyes penales, que configuran como delito recurrir a la violencia salvo en caso de legítima defensa, mantienen plena vigencia; no han sido ni modificadas ni derogadas. Sin embargo, en nuestra época es tolerada, dentro de límites muy amplios, la utilización de procedimientos de fuerza y coacción si son las asociaciones obreras quienes a ellos apelan. Los sindicatos gozan de libertad para impedir con la fuerza que sus órdenes fijando la cuantía de los salarios o estableciendo las demás condiciones en materia laboral que reputan de interés sean desatendidas. Con impunidad plena infligen daños corporales a los esquiroleros y a los empresarios o a sus representantes si así lo estiman oportuno. Pueden atentar contra los bienes de los patronos e incluso causar perjuicio a los clientes que acudan a sus establecimientos. Las autoridades, con el beneplácito de la opinión pública, justifican tales actos. La policía no detiene a los culpables, ni el ministerio público formula denuncia alguna, de suerte que jueces y magistrados no tienen posibilidad siquiera de aplicarles las sanciones legalmente previstas. En casos excepcionales, cuando la violencia rebasa ya todos los límites, se intenta ponerles coto adoptando algunas tímidas medidas de escasa eficacia que por lo demás generalmente fracasan. Este fracaso se debe unas veces a la desidia burocrática y otras a la insuficiencia de los medios de que dispone la autoridad; en la mayoría de los casos, sin embargo, lo que se constata es la total ausencia del necesario brío y decisión en todos los órganos administrativos por actuar eficazmente.¹³

En los países no socialistas, tal es lo que desde hace mucho sucede. Los economistas, al poner de manifiesto esta situación, ni culpan ni acusan. Se limitan, por un lado, a exponer cómo las asociaciones obreras se hallan investidas de poder suficiente para establecer tipos mínimos de salarios y, por otro, a precisar el real significado de la expresión «contratación colectiva».

Contratación colectiva, para los teóricos del sindicalismo, no significa sino sustituir por una negociación sindical la que cada

¹³ V. Sylvester Petro, *The Labour Policy of the Free Society*, Nueva York 1957; Roscoe Pound, *Legal Immunities of Labor Unions*, Washington, D.C., American Enterprise Association, 1957.

obrero llevaría a cabo individualmente. Bajo una economía de mercado desarrollada, la contratación de los productos que suelen comprarse y venderse en importantes cantidades nunca se efectúa como cuando se trata de bienes no fungibles. El comprador o vendedor de bienes o servicios fungibles fija un precio arbitrario que luego modifica, de acuerdo con la reacción que su oferta provoca, hasta alcanzar aquel nivel que le permite comprar o vender cuanto desea. No se puede utilizar otro método. Los grandes almacenes no pueden regatear con sus clientes. Fijan el precio de un artículo y esperan. Quien necesita quinientos soldados establece el tipo de salario que en su opinión ha de permitirle contratar quinientos hombres. Si se presenta un número menor, no tendrá otro remedio que ofrecer más. El patrono debe elevar el salario hasta alcanzar el límite que impida a sus competidores quitarle el personal mediante una remuneración superior. Los salarios mínimos coactivamente fijados resultan estériles por la precisa razón de que ahuyentan a aquellos potenciales empleadores que harían que quedara totalmente absorbida la oferta laboral.

Si las asociaciones obreras actuaran en realidad como agencias de contratación, la negociación colectiva no elevaría los tipos de salario por encima del nivel del mercado libre. En tanto existan obreros sin colocar, el empresario no debe ofrecer mayor salario. Una auténtica negociación colectiva no diferiría catalácticamente de la contratación individual. De igual manera que ocurre cuando se negocia individualmente, el hacerlo colectivamente daría virtual oportunidad a quienquiera que todavía no hubiera encontrado la deseada colocación.

Pero lo que, de manera eufemística, denominan los dirigentes sindicales negociación colectiva y legislación «pro laboral» tiene en realidad carácter bien distinto. Es un diálogo entre una parte pertrechada de medios coactivos y decidida a emplearlos y otra inerme e intimidada. No es la transacción de mercado; es un dictado impuesto al patrono. Y sus efectos no difieren de los que provocan las alzas salariales decretadas por el estado con el respaldo de las fuerzas policíacas y los tribunales. Ambas, invariablemente, generan paro.

Tanto la opinión pública como numerosos estudios pseudo-económicos abordan estas cuestiones en una atmósfera de falacias.

El problema básico nada tiene que ver con el derecho de asociación. De lo que se trata es de decidir si conviene o no conferir a un cierto grupo el privilegio de recurrir impunemente a la acción violenta. Estamos ante el problema del Ku Klux Klan.

No menos incorrecto es enfocar el asunto desde el ángulo del derecho de huelga. La cuestión nada tiene que ver con el derecho a holgar, sino con la facultad de obligar a otros —mediante la intimidación y la violencia— a dejar de trabajar impidiendo que nadie pueda trabajar en una empresa a cuyos obreros el sindicato ordenó que cesaran en su actividad. Cuando, para justificar su actuación intimidatoria y violenta, los sindicatos invocan el derecho a la huelga, no quedan mejor emplazados que lo estaría un grupo religioso que pretendiera ampararse en la libertad de cultos para perseguir a los disidentes.

Cuando en épocas pasadas las leyes denegaban, en algunos países, el derecho a asociarse, tal criterio derivaba del temor a que mediante la sindicación sólo se aspiraba a implantar un régimen de intimidación y violencia en la esfera laboral. Si en otros tiempos las autoridades utilizaron la fuerza pública para proteger a los patronos, a sus representantes y a la propiedad en general ante las acometidas de los huelguistas, ello no quiere decir que realizaran ningún acto hostil a la masa obrera. Cumplían tan sólo con lo que todo gobierno debe considerar deber fundamental; estaban salvaguardando el exclusivo derecho estatal al uso de la coacción.

No tiene la ciencia económica por qué entrar en la distinción entre huelgas «legales» e «ilegales», ni tampoco adentrarse en aquellas legislaciones, como la del *New Deal* americano, conscientemente orientadas contra el empresariado, que han situado a los sindicatos en una posición de privilegio. Tan sólo hay que destacar un aspecto. Lo mismo si el poder público decreta, como si los sindicatos imponen mediante la violencia y la intimidación, salarios que sobrepasen el nivel potencial del mercado, se provoca inexorablemente paro institucional.

LA CONSUNCIÓN DEL CAPITAL EN AUSTRIA*

FRITZ MACHLUP

A menudo se ha reprochado a la teoría económica de la escuela austriaca un exceso de abstracción y alejamiento de la realidad. Desafortunadamente, la teoría austriaca de la *consunción del capital* es algo más que una construcción teórica basada en asunciones hipotéticas y, desde luego, algo más que un juego de gimnasia mental para profesores: se trata de un intento de explicar hechos muy reales. El análisis de la consunción del capital y la recesión económica fue debido al análisis de la situación en Austria durante la guerra, durante la inflación de la posguerra y durante los años de reformas sociales.

Destrucción física y destrucción del valor del capital

¿Qué conexión existe entre la destrucción *física* y la destrucción del *valor* del capital? Ambas cosas no siempre van juntas. Cuando el equipo que compone el capital es físicamente destruido —por una guerra, fuego, desgaste o rotura— su valor, simultáneamente, se destruye. Pero la pérdida de valor puede ocurrir antes de que los bienes de capital hayan sufrido menoscabo físico alguno. Los equipos pueden perder su valor por ciertos cambios económicos. Es entonces, por decirlo de alguna manera, cuando se produce el menoscabo progresivo de los equipos, pues no compensa mantenerlos si carecen de valor; a partir de ahí sigue la destrucción física del mismo tras un lapso de tiempo considerable.

* Este artículo está basado en la conferencia pronunciada en el congreso de el Boston Chapter of the American Statistical Association, el 3 de diciembre de 1934. Se publicó por primera vez en la *Review of Economic Statistics* 17 (1), 1935: pp. 13-19. Traducido por Igor Yáñez Velasco, esta es la primera vez que se publica en español este importante artículo de Machlup.

Hay un caso en el que el valor del capital disminuye en términos monetarios sin que la destrucción física del capital se produzca: en el supuesto en que caigan también los costes de reposición. Para algunos propósitos del estadístico que recoge los valores de capital puede ser adecuado corregir las cifras para cambios en los costes de reposición.

Fuentes de información acerca de los cambios en la cantidad de capital

En una economía en crecimiento, la información relativa a la formación del capital se obtiene por tres medios: (1) Por medio de las cifras relativas al nuevo equipamiento material, especialmente en la actividad de las industrias manufactureras; (2) Por medio de las cifras relativas a la oferta de capital monetario procedente de varias fuentes, y; (3) Por medio de las cifras relativas al valor del capital remanente de las corporaciones.

Para una economía en recesión sólo el tercer medio parece posible. La diferencia entre el valor del capital en diferentes momentos sería la medida del declive. Las razones de tal declive deben buscarse tanto en la destrucción física del capital, cuanto en la depreciación por cambios en la estructura horizontal de la economía, tales como cambios en la demanda o en el consumo del capital.

El *Austrian Institut für Konjunkturforschung* (Instituto para la Investigación del ciclo económico) se encargó de hacer la comparación del valor de las acciones durante un período de 18 años. Se publicó un informe por Oskar Morgenstern en la *Zeitschrift für Nationalökonomie*. Algunos de los resultados se muestran en la Tabla 1.

La valoración del capital de las empresas en Austria en 1913 se compara en la tabla con la valoración en 1930. Ambas cifras fueron obtenidas combinando el valor del capital de todas las sociedades austriacas cuyas acciones cotizaban en la bolsa de Viena. El valor del capital de cada corporación se calculó multiplicando el número de acciones por el precio medio a lo largo del año. Las sociedades que existían en 1913 pero habían desaparecido

en 1930 no fueron incluidas en el resultado. Sólo las firmas que sobrevivieron o que aparecieron fueron tenidas en cuenta. Este procedimiento excluye las pérdidas de capital de las firmas que desaparecieron completamente, pero el motivo de hacerlo es el hecho de que algunas sociedades se desplazaron, como consecuencia del desmembramiento de imperio Austrohúngaro, desde la capital, Viena, a las nuevas naciones. La investigación se redujo, por tanto, a todas las sociedades austriacas que existían en 1930. Aquéllas que se fundaron con posterioridad a 1913, se incluyeron en el análisis como capital añadido (en nuestra tabla) a la valoración efectuada en 1913.

I

LA CONSUNCIÓN DEL CAPITAL Y SU MEDIDA

¿Es la valoración bursátil un método adecuado?

La primera cuestión que debe plantearse es si el valor de mercado puede ser considerado adecuado por el estadístico. Puede argüirse que aquellos equipos que forman parte del capital y han perdido su valor pueden muy bien recuperarlo en el futuro. No obstante, si el empresario esperase tal revaluación, se reflejaría en la valoración actual. Pero los mercados a menudo son acusados de jugar a la baja. ¿No debería una valoración que sea resultado de un mercado bajista corregirse en función de dicha «tendencia»? El estadístico que hiciese eso podría comportarse, por supuesto como un «toro», pero dudo que lo hiciese si su especulación le hiciese perder dinero.

La siguiente cuestión que debemos tratar es si la valoración de la bolsa es adecuada para sociedades que sólo parcialmente obtienen su capital mediante la emisión de acciones. La respuesta depende del propósito de la investigación. Para calcular la cantidad íntegra de capital, el valor de las acciones sería insuficiente; también puede crear distorsiones, para estimar los cambios relativos en una economía en crecimiento, no tener en consideración la emisión de bonos y otras formas de endeudamiento de las sociedades porque podría ocurrir que una parte importante

del capital surgiera del préstamo. En una economía en recesión, sin embargo, el error en la estimación de los cambios relativos en los valores del capital por medio del valor de las acciones no es muy relevante por los siguientes motivos: Si una sociedad emite bonos para financiar buenas inversiones, el valor de las acciones no disminuirá; pero si los préstamos se utilizan para cubrir pérdidas o para malas inversiones el valor de las acciones se reducirá. El hundimiento del valor de las participaciones mostrará entonces la pérdida del capital. Para la investigación que nos ocupa, relativa al valor del capital de las sociedades austriacas, la cuestión carece de trascendencia, toda vez que la emisión de bonos por sociedades es ilegal en Austria. Sólo pueden obtener fondos por este medio, algunas sociedades de servicios parcialmente públicas, previo decreto específico.

El mantenimiento del capital

Una comunidad que mantiene su capital intacto aborda la depreciación del mismo principalmente de dos modos. La depreciación ordinaria debida al desgaste y las averías, y la depreciación debida a la obsolescencia tecnológica se soluciona mediante la reinversión de las reservas de capital. La depreciación que se produce como consecuencia de una dinámica de cambios imprevisible, sin embargo, sólo puede corregirse mediante las inversiones provenientes de nuevos ahorros. Cierta cantidad de los nuevos ahorros se necesita, por tanto, para compensar las inevitables e imprevisibles depreciaciones del capital.

¿Realmente grandes cambios en la demanda reducen el valor del capital del conjunto de una comunidad? ¿No es cierto que lo que una industria pierde otra debe ganarlo? Los beneficios crecientes de las últimas se capitalizan, por supuesto. Sin embargo, ¿hace esto la pérdida de capital del primero menos mala? La respuesta es no. Los incrementos de ganancias en industrias mal equipadas dan lugar a un incremento en la demanda de las cantidades líquidas necesarias para las inversiones. Si no existe una cantidad de ahorros creciente que pueda proporcionar esos fondos, el tipo de interés subirá, y los altos niveles de capitalización

bajarán el valor del capital actual. Mencionamos estas ideas «abstractas» por tres razones: Primera, una buena parte de la pérdida del capital en Austria tiene su origen en los cambios en la demanda derivados del proteccionismo de los nuevos estados que sucedieron a la monarquía. Segunda, la consunción del capital supone, en sí misma, un cambio en la demanda, pues la demanda de bienes de consumo se incrementa a costa de la demanda en bienes de producción; de ahí que la consunción del capital reduce el capital directamente (por falta de mantenimiento) e indirectamente (por medio de una disminución de la demanda de productos para la industria). Tercera, en ausencia de nuevos ahorros, meros desplazamientos de la demanda implican declive económico; en otras palabras, en una economía que es estática respecto de la oferta de ahorro se encuentra en declive respecto de su base capitalista; o, para decirlo de otro modo, rápidos cambios en el objeto del consumo sin el surgimiento de nuevos ahorros es, en sí mismo, una forma de consumir el capital.

Las sociedades capitalistas en Austria

El análisis de la Tabla 1 revela una enorme pérdida de capital social en Austria. No sólo ha de considerarse la diferencia entre 1913 y 1930 como pérdida. Desde 1913 a 1930 nuevos fondos fueron empleados para aumentar el capital de las sociedades. En consecuencia, a efectos de poder analizar la cantidad total de capital invertido que debería haberse mantenido, al valor inicial debemos añadir los incrementos de capital efectuados. La suma se muestra separadamente para el período de la guerra y la inflación, entre 1913 y 1922; y para el periodo de la estabilización, entre 1923 y 1930. Por otro lado, la cantidad total en coronas en verano de 1921 no es equivalente a la cantidad total en coronas en el verano de 1922, debido a la inflación.

A efectos de poder comparar las cantidades y, por tanto, poder sumarlas, el Instituto de Investigación tuvo que «deflactar» las mismas de acuerdo con el valor del oro en el momento a considerar, o el momento del pago, para las nuevas acciones. Esta corrección es bastante favorable, toda vez que el cambio exterior y

TABLE 1
 VALUE OF CAPITAL OF CORPORATIONS
 (Unit: million schillings, gold, except last column)

<i>Corporations</i>	<i>Capital value</i> 1913	<i>Further investment</i>		<i>Value 1913 plus investment</i> 1913-30	<i>Capital value</i> 1930	<i>Loss</i> (Unit: per cent)
		1913-22	1923-30			
Banks	1718	649	380	2747	347	87
Transportation	507	54	30	591	57	90
Metal industry	886	260	93	1239	218	82
Breweries and sugar industries	104	5	13	122	109	11
Other industries	1018	204	231	1453	560	61
Total	4233	1172	747	6152	1291	79
Capital value, October 1931	—	—	—	—	784	87

Source: The Oesterreichisches Institut für Konjunkturforschung; see Oskar Morgenstern, *loc. cit.*

el oro aumentan más rápidamente que los precios de los productos y los costes; de modo que las sociedades pueden comprar relativamente más de lo que expresa el valor deflactado de los incrementos de capital.

El valor del capital de las sociedades antes de la guerra, añadidas las inversiones adicionales efectuadas, en chelines austriacos, suma la cantidad de 6.152 millones de chelines. En 1930, el valor era, por otro lado, sólo 1.291 millones de chelines. Eso significa que sólo menos del 21 por 100 del capital subsistía, mientras que el 79 por 100 se había perdido. Si miramos los valores de los meses posteriores a la quiebra del Credit Anstalt, sólo el 13 por 100 del capital se mantenía, mientras que el 87 por 100 se había perdido. Las cifras posteriores son incluso peores.

¿Qué causó dichas pérdidas?

La diferencia es tan aterradora que tuvimos que examinar de nuevo las cifras para analizar si podía existir algún error de bulto. ¿Habíamos olvidado corregir los valores para unos precios que habían incurrido en deflación? No existe razón para ello; ni los precios de los productos austríacos, ni los costes de reposición de los equipos del capital habían caído durante el período considerado. ¿Dónde se encuentra, entonces, la enorme diferencia? ¿Qué había ocurrido con el 79 por 100 u 87 por 100 del capital invertido en Austria?

En primer lugar, no había ocurrido ningún terremoto u otra catástrofe natural, o se habían producido daños materiales por causa de guerra. En segundo lugar, los cambios en la demanda son, desde luego, responsables de importantes depreciaciones de los equipos que conforman el capital austríaco. Si los equipos industriales están adaptados para satisfacer la demanda de 60 millones de habitantes de un país y, como consecuencia de políticas ultra-nacionalistas, la demanda queda restringida a 6 millones de habitantes, la destrucción del valor es inequívoca, mientras nuevo capital sea necesario para la construcción de plantas en cada región nacional. Pero esta clase de política destructiva está muy lejos de ser una explicación suficiente de la pérdida. No todas las industrias han sido afectadas por el proteccionismo, y nadie con algo de sentido de la proporción podría imputar toda la pérdida del capital austríaco a las barreras comerciales. Es la consunción del capital la que explica la desaparición de una proporción tan grande de la riqueza de Austria.

II CÓMO SE CONSUME EL CAPITAL

Los capitalistas que pretendan consumir más de lo que sus ingresos actuales le permiten deben liquidar capital vendiéndolo a otras personas. Si el mismo se compra por medio de nuevos ahorros, entonces, obviamente, la disminución de ahorro de uno es compensada por el ahorro de otros. La consunción individual del capital

no es, bajo dichas circunstancias, una consunción del capital de la comunidad en conjunto. Si, por otra parte, no hay suficientes nuevos ahorros en la comunidad que pueda absorber dicha pérdida de ahorro, el capital proveniente de otros países puede cubrir el hueco. La importación de capital, en este caso, no incrementa la capacidad productiva del país, pues sólo compensa la consunción interna del capital. Este era, obviamente, el caso de Austria. El dinero, pedido en préstamo del exterior, fue prestado (principalmente a través de los bancos) a sociedades para cubrir sus pérdidas o pagar dividendos no obtenidos, o, en el mejor de los casos, para financiar inversiones que en realidad tenían por objeto el reemplazo de equipos obsoletos.

Si, ni los ahorros de la comunidad, ni las entradas de capital del exterior consiguen compensar la pérdida de ahorro en curso, entonces comienza la desinversión. La desinversión se produce en forma de utilización de las reservas de capital para propósitos de consumo en lugar de utilizarlas para la renovación de los equipos. ¿Qué puede inducir a los inversores a comportarse de ese modo? Trataremos varias causas en el orden de su relevancia histórica para Austria.

El error de cálculo debido a la inflación

Aunque se lleve la contabilidad con normalidad, los incrementos de precios debidos a la inflación conducen a que las reservas de capital destinadas al reemplazo sean insuficientes. Un ejemplo hará más claro el asunto. Un productor posee una planta valorada en un millón de coronas. Suele reservar 100.000 coronas al año para depreciación, esto es, el diez por ciento. Como la inflación eleva los precios y los costes, y como el coste de una planta equivalente sube hasta dos millones de coronas, la cuota de reemplazo ordinaria sólo representa el cinco por ciento; por lo que la reserva, después de que la totalidad de la planta ha sido amortizada sólo permite renovar la mitad del equipo original. Si la inflación eleva los precios al catorce mil por ciento, como ocurrió en el caso de Austria, la reserva de capital prevista para reemplazo apenas sería suficiente para comprar un tornillo.

Pero ¿no incrementa la inflación los beneficios y la capacidad de aumentar las reservas? Me gustaría enfatizar que esos beneficios son engañosos; si parte de ellos se consideran auténticos beneficios —esto es, como base para el incremento del consumo— el capital es consumido.

La consunción del capital que se produce por el alza de precios se refleja aún mejor en el caso del capital circulante. Un distribuidor compra mil toneladas de cobre y las vende cuando suben los precios con un beneficio considerable. Consume la mitad del beneficio y ahorra la otra mitad. Invierte nuevamente en cobre y adquiere algunos cientos de toneladas. Los precios suben y suben. El beneficio del distribuidor es enorme; puede permitirse comprar coches, casas de campo, en definitiva, lo que quiera. El nuevamente ahorra una parte e invierte en cobre la otra. Su capital dinerario se ha multiplicado respecto del que tenía al principio. Tras reiterar las operaciones —siempre puede permitirse vivir de modo lujoso— invierte todo su capital, que ha crecido a cifras astronómicas, en unas pocas libras de cobre. Mientras él y el público considera que tiene altos ingresos, en realidad se ha comido su capital.

Los beneficios debidos a un nivel de precios elevados son sólo beneficios ficticios. Si son consumidos, el capital se consume. Este es uno de los efectos de la inflación sobre el capital. Otro efecto, es la errónea inversión de capital, es de la mayor importancia en el caso de la inflación crediticia y de la inflación gubernamental. El error en la inversión del capital debido a la expansión del crédito es un fenómeno demasiado bien conocido para que sea necesario exponerlo a los lectores americanos.

La creación y consumo de beneficios ficticios fue, probablemente, el método más frecuente de consunción del capital en Austria. Una fuerza que tiende hacia el mismo resultado consiste en gravar los beneficios.

Exceso de impuesto sobre los ingresos

Se ha afirmado frecuentemente que sólo la imposición indirecta que incrementa los costes puede tener efectos perniciosos sobre la producción. Sin embargo, una importante reducción de los

ingresos de los inversores por medio de los impuestos directos es, a menudo, y lo fue en Austria, un poderoso incentivo dirigido a la consunción del capital. En efecto, si los ingresos de los capitalistas son gravados en exceso, ello no siempre tiene como consecuencia el recorte de sus gastos, sino que, más a menudo, dará lugar a que se coman el capital. Unos impuestos altos sobre las rentas, apenas tienen significado desde el punto de vista de la transferencia de poder de compra de los ricos al público, y muy a menudo supone la consunción de fondos que de otro modo serían ahorrados, o (como en Austria ocurrió) de fondos que serían reinvertidos y que, suponen una desinversión de capital.

Una confiscación completa de los beneficios reduciría el valor de cambio del capital de una sociedad a cero, pero no necesariamente implicaría el deterioro del capital a día de hoy. Si los propietarios de los equipos de capital fueron previsores respecto de la consunción del capital improductivo; esto es, si el estado asumiese el mantenimiento de todo el equipo y pudiese hacerlo con eficacia y prudencia, estaríamos ante un supuesto de producción socialista. Mencionamos este punto a efectos de defender nuestra exposición contra una objeción habitual, a saber, que la confiscación de los retornos del capital no tienen por efecto el deterioro del capital, aunque su valor bursátil se haya desvanecido. Nuestras expectativas en relación con el mantenimiento del capital en un sistema socialista pueden ser altas o bajas, el asunto es irrelevante para Austria. El estado sólo se ha preocupado de la imposición de los ingresos y ha dejado el mantenimiento, o más bien la consunción, del capital a la discreción de sus propietarios.

El exceso de impuestos sobre la producción

Mientras que los impuestos sobre los ingresos disminuyen los beneficios tras haber aflorado, otras clases de impuestos incrementan los costes de producción y, como consecuencia, incluso impiden la existencia de beneficios. Un incremento en los costes de producción tiende, como todo economista sabe, a disminuir la producción y el empleo. Si el estado se dedica a aliviar a los trabajadores mediante un sistema de protección por desempleo, se

producen nuevos gastos públicos. Los nuevos gastos públicos han de ser compensados mediante impuestos, lo que implica un nuevo incremento de los impuestos. Los nuevos impuestos implican un incremento de los costes; el incremento de los costes una disminución en el empleo. La disminución en el empleo significa mayor gasto público, mayor gasto público, nuevos impuestos. El incremento ... *da capo ad libitum*. O más correctamente, *da capo ad finem*. El fin llega cuando la totalidad del capital se ha consumido.

El desarrollo del gasto público en Austria puede verse en las Tablas 2 y 3. Muestran un rápido aumento. La Tabla 2 nos muestra el gasto público del gobierno federal de Austria y del municipio de Viena *per capita*. La Tabla 3 muestra el gasto público de los municipios austríacos *per cápita* expresados en índices con base en el de 1923. El celo de todas las corporaciones públicas en el incremento de sus actividades ha sido realmente impresionante.

Los numerosos —al menos en aquella época eran numerosos— amigos del gasto público en Austria reiteraban todos los días la alta productividad de dichos gastos y actuaciones públicas. Tengo, sin embargo, dudas respecto de los índices que se pueden utilizar para medir dicha productividad: si por el incremento del desempleo, por la caída de los beneficios, o por el invariable declive del capital existente en Austria. Los mismos índices parecen ser apropiados para medir los efectos de otro factor en el aumento de los costes de producción: el nivel de salarios.

TABLA 2
PUBLIC EXPENDITURES
(Unit: schillings per head of population)

<i>Year</i>	<i>Federal government</i>	<i>Municipality of Vienna</i>	<i>Total</i>
1923	95	98	193
1924	124	177	301
1925	138	216	354
1926	155	241	396
1927	182	254	436
1928	179	257	436
1929	196	265	461

Source: *Wirtschaftsstatistisches Jahrbuch der Arbeiterkammer Wien*.

TABLA 3
INDEXES OF PUBLIC EXPENDITURES,
PER HEAD OF POPULATION,
OF ALL MUNICIPALITIES IN AUSTRIA
(1923 = 100)

<i>Year</i>	<i>Index</i>
1923	100
1924	171
1925	230
1926	296
1927	355
1928	349
1929	379
1930	389

Source: Wirtschaftsstatistisches Jahrbuch der Arbeiterkammer Wien.

La imposición de las subidas salariales

Hasta qué punto han sido efectivos los sindicatos austriacos, con el respaldo político, y las organizaciones de empresarios en el aumento de los niveles salariales derivados de la negociación colectiva puede comprobarse en la Tabla 4. La variación se muestra por índices con base en 1914 para cinco categorías diferentes de trabajo. Al igual que en otros países, los salarios en la industria de la construcción aumentaron en mayor medida (el índice en 1930 era 172). Considerando una presuntamente habitual práctica en la industria de la construcción en los Estados Unidos (el «kick-back»)¹, ha de mencionarse que en Austria el salario contratado y el salario que se paga ha sido siempre el mismo. Para un juicio acerca de los incrementos de salarios en términos de ingresos reales debe recordarse que el índice de precios del consumo (con base en 1914) nunca excedió de 111.²

Forzar el aumento de los salarios aumenta forzosamente el desempleo (Tabla 5). Pero ¿Por qué debería ello suponer la

¹ Nota del Traductor: «pago en dinero negro».

² Ver *Statistisches Handbuch für die Republik Oesterreich*, Bundesamt für Statistik, 1925 a 1931.

TABLA 4
INDEXES OF WEEKLY WAGES OF WORKERS
IN FIVE INDUSTRIES
(1914 = 100)

Year	Building industry ¹	Furniture industry ¹	Bakeries ¹	Moving and storage trades ²	Women workers in the metal industry ²
1922	51	41	—	—	—
1923	94	70	94	123	75
1924	124	93	114	169	90
1925	147	101	134	176	120
1926	147	106	136	184	120
1927	153	108	150	197	120
1928	153	117	156	206	145
1929	164	122	164	216	145
1930	172	128	164	216	145

¹ Source: *Wirtschaftsstatistisches Jahrbuch der Arbeiterkammer Wien*.

² Source: *Statistisches Handbuch für die Republik Oesterreich*, Bundesamt für Statistik.

TABLA 5
UNEMPLOYMENT AS A PERCENTAGE
OF THE WORKING POPULATION

Year	Per cent
1925	9.7
1926	14.1
1927	15.5
1928	15.8
1929	17.0
1930	21.7

Source: *Bericht der Wirtschaftskommission* (Vienna, 1931).

consunción del capital? Por el simple hecho de que las industrias no cierran antes de que las pérdidas por mantener la industria en funcionamiento excedan considerablemente a las pérdidas por pararla. Eso significa que la industria producirá a pérdidas, consumiendo el capital por medio de préstamos (ver Tabla 6), o no renovando la maquinaria.

TABLA 6
 LOANS, ADVANCES, AND INVESTMENTS OF ALL AUSTRIAN
 BANKS EXCLUSIVE OF THE AUSTRIAN NATIONAL BANK
 (Unit: million schillings)

<i>Year</i>	<i>Amount</i>
1925	2.104
1926	2.930
1927	3.250
1928	3.579
1929	3.058*
1930	3.636*

* The figures for 1929 and 1930 are not strictly comparable with the former ones because of the disappearance of the Boden Credit Anstalt, one of the largest banks.
Source: Statistisches Handbuch für die Republik Oesterreich, Bundesamt für Statistik.

La imposición de incremento de los beneficios sociales

Austria ha sido siempre el país más progresista del mundo. Hay seguro de enfermedad obligatorio, seguro de accidente, seguro de desempleo, beneficios por desempleo y pensiones de jubilación. Hay paga extra por horas extras y paga por trabajar en domingo. El trabajo de los niños está prohibido, y el trabajo nocturno de las mujeres también está prohibido. La seguridad y salubridad de las plantas es controlada estrictamente. Todos los trabajadores tienen derecho a vacaciones pagadas, y los primeros días de enfermedad deben ser abonados por el empresario. Los empleados sólo pueden ser despedidos con un preaviso de uno a doce meses y han de recibir, además, una paga por despido de una cantidad que va desde un mes hasta doce meses de salario.

Es difícil hacer un cálculo exacto del «coste social» a la industria. Para las sociedades individuales, el incremento de los costes laborales debido a los beneficios sociales suponen entre un 14 y un 30 por 100 de la nómina. Las cifras que muestran el coste de tres supuestos de beneficio social se dan en la Tabla 7. Austria paga con su capital por su noble espíritu y mentalidad liberal-social.

TABLA 7
SOCIAL INSURANCE COSTS
(Unit: million schillings)

<i>Year</i>	<i>Illness insurance</i>	<i>Unemployment insurance</i>	<i>Old-age insurance*</i>
1924	64	—	—
1925	86	126	—
1926	89	153	—
1927	—	153	3
1928	106	141**	17
1929	127	158	24
1930	123	207	32

* Exclusive of old-age pensions of white-collar employees.

** Transfer of benefit-recipients to old-age insurance scheme.

Source: *Wirtschaftsstatistisches Jahrbuch der Arbeiterkammer Wien*.

El pago de dividendos no obtenidos

Que las sociedades paguen dividendos aunque sus beneficios sean nulos o tenga pérdidas no tiene nada que ver con una mentalidad social. Tiene que ver con la situación de la banca. Los bancos tienen sus carteras llenas de acciones de sociedades. A efectos de evitar tener que valorar a la baja las mismas tienen que sostener los precios. En consecuencia, pagan dividendos a costa del capital. El interés de los gerentes en mantener sus empleos y salarios trabaja en la misma dirección.

El mantenimiento en funcionamiento de industrias

Consideraciones similares inducen a los bancos y gerentes a mantener las industrias en funcionamiento, aunque los costes de hacerlo sobrepasen las pérdidas del cierre. Hay, por añadidura, ciertos escrúpulos que bancos y gobernantes tienen en relación con la responsabilidad social por el desempleo que se produce como consecuencia del cierre de factorías. Prefieren evitar ataques políticos y mantener las industrias abiertas, cubriendo las pérdidas a costa del capital.

La demanda del consumo

Hemos discutido ampliamente suficientes causas que han dado lugar al consumo del capital en Austria. Ha de hacerse, sin embargo, referencia a que el declive del capital es paralelo al mantenimiento o incluso incremento del nivel de consumo.

El incremento del consumo de ciertos bienes, comparado con los años de guerra e inflación, fue considerable. En comparación con el año 1925, en 1929 el consumo de harina se incrementó un 14 por ciento, el de azúcar un 19 por ciento, el de patatas un 52 por ciento, el de productos exóticos (café, té, especias, etc.) un 49 por ciento, el tabaco un 16 por ciento. Los índices de ventas de bienes de consumo totales, publicadas por el *Institut für Konjunkturforschung* (tomando como base la media de 1923-1930) era, en 1929, para el consumo de bienes en general, 119; para la comida, 111; para la ropa, 123; para zapatos, 114; y para muebles y otros artículos de la casa, 114.

Otro indicador puede verse en el estatus del consumo de bienes industriales. De hecho es llamativo que las fábricas de cerveza y las refinerías de azúcar hayan sido las únicas empresas que han tenido éxito en mantener su capital. La protección ha favorecido este éxito en parte, pero también haber otorgado subvenciones al consumo, limitando las pérdidas de capital de dichas industrias a un 10 por ciento.

Advertencias

Ha de admitirse que las estadísticas sobre el valor del capital de las sociedades tienen sus defectos. Pero sean cuales sean las correcciones que se hagan, el hecho es que una enorme pérdida subsiste; y, lo que es más importante, que no se trata de un mero fenómeno cíclico. Uno de los mayores defectos del método aplicado es que no mide la situación material de los equipos del capital existentes. El lapso de tiempo entre el deterioro físico que sucede a la destrucción de su valor puede ser considerable, pero no hay duda que los equipos tienen que haber sufrido un importante deterioro tras un período tan amplio de

disminución de su valor acompañados de unos rígidos costes de reposición.

Por supuesto no es posible separar las pérdidas debidas a cambios independientes en la demanda de los que son debidos a la consunción del capital. Los dos factores se encuentran enlazados en dos sentidos: (1) la consunción del capital lleva consigo cambios secundarios en la demanda que afectan al valor de inventario de los equipos; (2) pequeños cambios en la demanda no tienen por qué menoscabar el valor de los equipos si los factores complementarios reaccionan con flexibilidad a través de una reducción de los costes de producción; v.g.: si un mercado exterior se pierde por un incremento de los impuestos aduaneros, y debe buscarse otro menos ventajoso, unos salarios flexibles reducirán la depreciación del capital fijo. Los salarios «rígidos» (por no hablar de un incremento de los salarios) implican, por tanto, consumo de capital. Luego es inútil intentar imputar la correspondiente parte de culpa en la pérdida del valor del capital a la política impositiva de un lado y a la política salarial de otro.

Del mismo modo, no se ha hecho ningún intento, ni puede hacerse, de estimar qué parte puede imputarse a cada una de las causas que contribuyen a la consunción del capital de modo adecuado. ¿Ha sido el Estado o los municipios, los desempleados, los trabajadores, los propietarios de acciones o sus gerentes, los que se han comido el capital y en qué medida lo ha hecho cada uno? Es una pregunta que carece de respuesta. Si todos esos factores consumen el capital de tal modo que su base no puede quedar intacta, no es posible determinar qué porción de cada uno de ellos es excesiva. Si varios factores elevan los costes de producción, preguntar cuál de ellos eleva los precios es una pregunta ociosa. Con impuestos bajos, los salarios altos pueden ser tolerables; con salarios bajos, los impuestos altos pueden ser tolerables; juntos hacen imposible mantener el capital.

IV CONCLUSIÓN

Austria ha aplicado con éxito políticas que son muy populares en todo el mundo y tiene los récords más impresionantes en cinco apartados: ha incrementado el gasto público, ha incrementado los salarios, ha incrementado los beneficios sociales, ha incrementado el crédito bancario y ha incrementado el consumo. Y después de todos estos logros está al borde de la ruina.